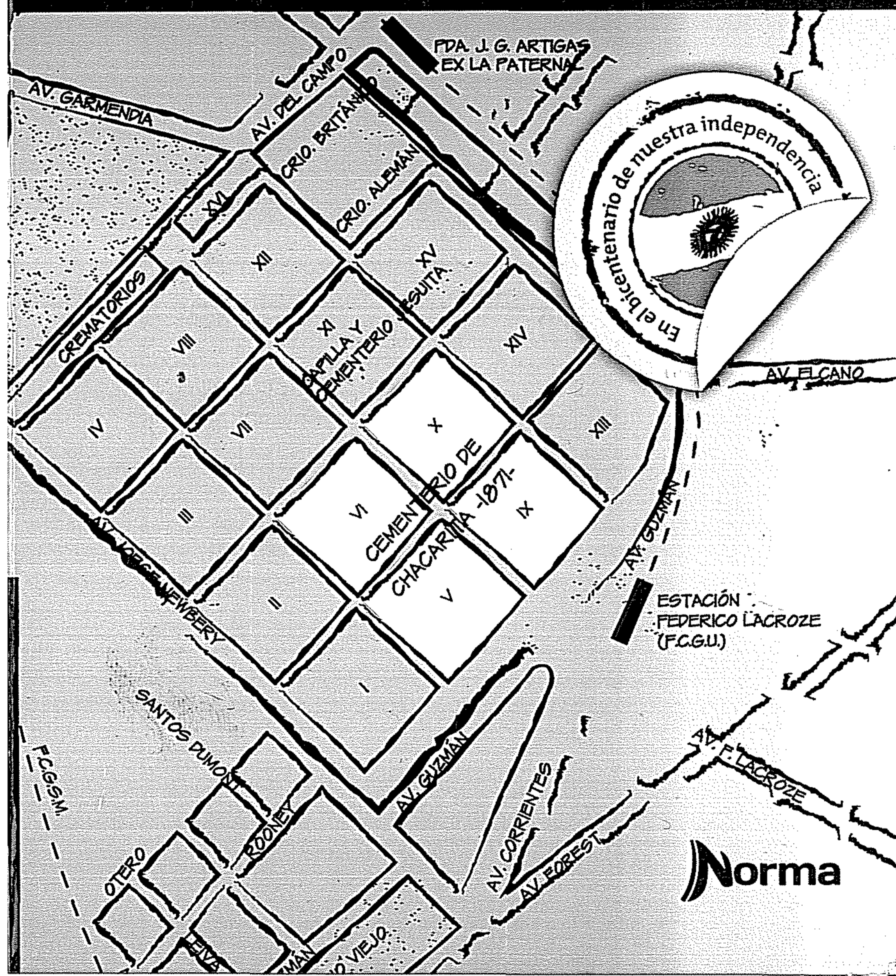
FRANCO VACCARINI

Fiebre amarilla

La epidemia durante los carnavales de 1871



Vaccarini, Franco
Fiebre amarilla / Franco Vaccarini. - 1a ed . 3a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2016.
184 p. ; 19 x 13 cm.

ISBN 978-987-545-639-6

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.
CDD A863.928 3

San José 831, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*
Primera edición: abril de 2014
Tercera reimpresión: abril de 2016

Edición: Laura Leibiker
Coordinación: María Luisa García
Lectura crítica: Federico Lorenz
Corrección: Roxana Cortázar
Diseño y diagramación: Romina Rovera

CC 29007002
ISBN 978-987-545-639-6

No es una mera figura literaria decir que
Buenos Aires murió en 1871 [...]. Fueron muy pocos
los que se quedaron, pero estos pocos escribieron
algunas de las páginas más hermosas
de nuestro pasado, que merecen
el homenaje del recuerdo.

De *Cuando murió Buenos Aires,*
de Miguel Ángel Scenna.

1. Las voces del patio

EL HOTEL Caballo Negro, ubicado en la céntrica calle Reconquista, era uno de los preferidos de los viajeros que arribaban a la ciudad de Buenos Aires. Su prestigio se asentaba en los tres pisos de amplias habitaciones, las habilidades de su cocinero y las interminables tertulias en la confitería de la planta baja, frecuentada por vecinos ilustres y pasajeros, donde se discutía con pasión sobre las noticias del día, pero también, en apartadas mesas, se jugaba al ajedrez o se barajaban los naipes para un partido de *whist*. Su propietario era don Eufemio Iturri, que vivía en la parte trasera del terreno con su esposa Blanca, Lucio, el hijo mayor, y las mellizas Guillermina y Clara. La casa familiar había sido construida

alrededor del primer patio, donde señoreaba el aljibe, en medio de un bosquecito de naranjos y limoneros y bajo la fresca sombra de la parra.

En el segundo patio, al fondo, estaban las caballerizas, una pila de leña y también los trastos y las cosas que no querían mostrarse: un cajón con botellas vacías, frascos, dos sillas viejas, una mesa con una pata rota. Allí estaba Lucio, cumpliendo una de sus tareas: darles de comer y beber a los dos caballos, Rayo y Ánima, mientras lo intrigaban las voces de mujeres que venían del primer patio. Era un cotilleo apresurado y festivo, con cambios de tono, susurros, risas.

Una de las voces pertenecía, claro, a su madre. Y otra, a Doña Rita, la costurera. La tercera voz era de una muchacha, salvo que por algún milagro un ángel hubiera bajado a la Tierra.

Lucio se acomodó el pelo con las manos con un gesto instintivo y se acercó al grupo:

–Hola, hijo... ¿pasa algo? –dijo Blanca, parada junto al aljibe.

–Hola, madre. Nada. Mucha mosca.

Enseguida supo que acababa de decir algo ridículo. "Mucha mosca". Era por la muchacha, que había transformado su cabeza en un enjambre. Tendría su edad,

unos quince años. Al verlo, ella había bajado los ojos por unos segundos, con timidez.

–¿Mucha mosca y qué? –insistió la madre.

–Que nada. El Rayo casi me da un colazo en la cara, pobre. Por espantarlas.

La chica sonrió y dejó al descubierto una hilera perfecta de dientes blancos. El corazón de Lucio se aceleró. La madre advirtió que por primera vez su hijo no pasaba de largo cuando ella charlaba con alguien y entendió el motivo: la muchacha. La presentó:

–Lucio, ella es Matilde, la hija de Rita.

Rita le hizo una inclinación de cabeza y Matilde imitó a su madre. Lucio se puso rojo, podía sentir el calor en las mejillas. Nunca había visto a una chica tan hermosa: el pelo negro, la nariz diminuta, los ojos vivaces. Todo en ella lo había cautivado.

–Buen día, Lucio –dijo Matilde, con tímida tranquilidad.

–¡Buen día...! –dijo Lucio.

Y lo dijo apresurado. Como si de golpe y porrazo algo –el saludo de aquella chica– lo hubiera tomado por asalto. Y no se le ocurrió una palabra más.

Estaba aturdido por lo bien que sonaba su nombre en boca de Matilde: "Buen día, Lucio". ¿Y él,

cómo había respondido? Como un tonto. Desde que la vio, se había vuelto tonto. Un enjambre de tontos.

Y esa fue toda la conversación, porque de pronto la costurera se tomó la cabeza:

–¡Se nos ha hecho tarde! ¡Que mi José ya viene para comer! ¡Vamos, Matilde! ¡Adiós, señora Blanca! El lunes le traigo las cortinas con los arreglos.

Y se fueron.

–¿A que te gustó Matilde?

–¿Que... qué...?

–Te gustó un poco.

–Para nada.

–Entonces te gustó mucho.

–Basta, mamá. Me voy.

–¿Y adónde te vas?

–Al puerto. Con Antonio.

–Cuidate de los malandrines.

Blanca miró irse a su hijo con ternura en los ojos. Después de todo, la niña Matilde venía de una familia buena, que luchaba por salir adelante, progresar, y sin duda lo estaba logrando. Su madre era una costurera muy requerida y cumplidora. Don José, el padre, atendía un comercio de platería en la calle del Buen Orden. Suspiró.

Tal vez, algún día...

2. Un señor de Corrientes

Enero 31. – La fiebre no es asunto aún.
Los municipales, ni palabra a su respecto
en su sesión de hoy que es de clausura.
Diario de Mardoqueo Navarro (1871).

EL PASAJERO –calvo, regordete, no alcanzaba al metro sesenta– llevaba las huellas del fatigoso viaje en la cara. En la conserjería apenas hizo algún que otro comentario quejándose del calor "abominable" y de la cantidad de carros y peatones que pululaban por las calles. Eran las quejas típicas de quien venía de lugares más tranquilos, sorprendido por el ritmo de la ciudad.

Renato, el conserje de poco más de veinte años, fornido, servicial, recordaría luego esta frase:

–Este calor me aplasta. Me está partiendo la cabeza.

A la mañana siguiente, temprano, Renato escuchó los golpes en la puerta, los gritos de auxilio que venían del primer piso. Corrió a ver qué pasaba y se encontró con una escena caótica: un vómito oscuro y maloliente en el piso, el hombre pálido, doblado en dos, a medio vestir, tomándose el vientre con las manos.

Fue el propio Eufemio quien hizo llamar a un cochero y acompañó al enfermo hasta el Hospital de Hombres. Un médico lo recibió con adustez, y más todavía al enterarse de que el pasajero venía de Corrientes.

Movió la cabeza de un lado a otro, como si acabara de recibir una muy mala noticia, y murmuró por lo bajo: "la fiebre".

Eufemio esperó sentado en un banco de madera, durante un rato.

Vio a una madre con un niño que lloraba en sus brazos. Nunca dejó de llorar. A un anciano que caminaba con la lentitud de un quelonio acompañado por un hombre joven, su hijo; entre ellos hablaban en un dialecto de palabras imposibles. Otra

mujer con un niño. Un niño que no lloraba, tosía. Nunca dejó de toser.

Un enfermero hacía pasar a los pacientes hacia una sala, para ser revisados. Algunos ya no salían, como si pasaran a otras salas, lejanas, misteriosas, y allí quedaran, hasta ser dados de alta. "O de baja", pensó, algo macabramente, don Eufemio.

El médico le dio la mala nueva: el pasajero estaba infectado de fiebre amarilla; aunque no podía asegurarlo del todo, los síntomas eran bastante claros.

–En la ciudad de Corrientes hay un gran contagio masivo, ya podríamos hablar de epidemia. Nos llegan noticias poco alentadoras. Este hombre vino incubando el mal. Le recomiendo que desinfecte el cuarto donde se alojó y que las personas que tuvieron trato con él estén atentas a los síntomas. Empezando por usted, claro. Si hay más casos, habría que pensar en una cuarentena.

Don Eufemio sintió un pinchazo de frío en la espalda.

–¿Cuarentena?

–No creo que sea necesario. No por ahora.

–¿Y cuáles serían los síntomas, me diría, doctor?

–Dolores de cabeza, vómitos negros, mareos, fiebres, diarreas, color amarillento en la piel, molestias

en la espalda. Eso, en la primera etapa. Y en la segunda...

–Está bien, doctor, está bien, con la primera etapa me alcanza... Gracias...

Don Eufemio volvió preocupado al hotel.

Ordenó limpiar el cuarto del correntino, desinfectar, fregar, lavar. Y después de que todo estuvo hecho, él hizo algo más: desinfectar, fregar, lavar. Todo. Otra vez. En persona.

Lo perseguía el fantasma de lo que había sucedido el verano pasado en otro hotel.

Todo empezó con la llegada del transatlántico francés *Pitou*, previa escala en Río de Janeiro. Uno de sus pasajeros se alojó en el hotel Roma, en Cangallo entre Esmeralda y Maipú, y enseguida enfermó gravemente de fiebre amarilla. Sin duda, había contraído el mal en la escala brasileña. Murió a los pocos días. Varias personas enfermaron en la misma manzana. Se tomó la decisión de internar a los enfermos en el Lazareto de San Roque. Las personas que habían trabado contacto con los enfermos permanecerían aisladas por quince días. Se desalojó y desinfectó el hotel y las casas de la manzana. Eso, en los papeles. En la práctica, los controles no fueron rigurosos y el contagio se extendió. Murieron doscientas personas.

Y el hotel quedó casi en la ruina.

Don Eufemio tenía sus razones para ocuparse de una desinfección a conciencia.

3. Los nuevos

FEBRERO ARDÍA. El puerto se preparaba para el arribo de cientos de pasajeros, todo era actividad salvo por un perro que dormía a la sombra de un árbol como si lo hubieran fusilado a quemarropa, ajeno a la nube de mosquitos que lo rondaba. Al lado del tronco había un cajón con cáscaras de frutas y basura que despedía un olor nauseabundo. Si alguien se acercaba lo suficiente, podía ver los gusanos dándose su panzada de podredumbre. A metros de esa escena se elevaba la fachada semicircular de la Aduana Nueva mordiendo la barranca, y el muelle que partía de ella, portentoso como una flecha lanzada río adentro. Más de doscientos metros asentados sobre duros pilotes de madera.

A Lucio le gustaba ver llegar a la gente. Y también a su inseparable amigo, Antonio. Lucio era fuerte, alto, de cabello claro. Antonio era esmirriado, los ojos negros, la piel cobriza, el cabello corto con mínimos rulos azabaches. Cojeaba un poco al caminar, producto de un accidente: de niño se había caído de una carreta en movimiento y una de las ruedas de madera le había pasado por encima. Había sido una secuela menor: podría haber quedado tullido, quebrado como una rama seca.

Los dos amigos estaban en la playa amarilla, rodeados de arena, polvo y tosqueras, a un costado de la Aduana. Aunque el calor y la humedad apenas se toleraban, aunque los bichos sembraran el aire de zumbidos, el espectáculo era incomparable.

A poco más de un kilómetro de la costa, en el límite que demarcaban las líneas de boyas, se avistaba el barco inmóvil, rodeado por un cardumen de lanchones. Las diminutas figuras de los pasajeros hacían el lento trasbordo y de ahí navegaban hasta el muelle. Años atrás, los pasajeros eran transportados desde el barco hasta la orilla en las "carretillas", unos carruajes incómodos de ruedas altas, tirados por caballos aprovechando la poca profundidad del río. Ahora, gracias al muelle, todo era más cómodo. Allí esperaba una

legión de brazos musculosos para cargar el equipaje en las vagonetas. Hombres y mujeres, abrumados por el tedioso viaje ultramarino, caminaban lentos hacia tierra firme, rodeados por las aguas marrones.

Parecían, a la distancia, criaturas de otro mundo, sombras sin rostro, hasta que sus voces se volvían audibles. Hablaban en lenguas misteriosas y tenían la piel percudida por los vientos salinos y el sol de cubierta. En los niños, la timidez no ocultaba el miedo y el asombro. Algunas mujeres mantenían la vista baja en un gesto desprovisto de toda alegría, como si tuvieran mil lágrimas atragantadas, hasta que de pronto erguían el cuello y se les notaba la fiereza y el propósito firme. Otras, en cambio, sonreían con dulzura y parecían disfrutar el simple hecho de pisar tierra con un gesto candoroso. Había hombres jóvenes que se movían con la actitud de llevarse el mundo por delante, y reconcentrados padres de familia.

Los jóvenes corazones de Lucio y Antonio sentían el impulso inverso. Irse lejos, cruzar el océano, atracar en puertos de países exóticos, descubrir el esplendor de un amanecer en los bordes de la Tierra, encontrar mujeres hermosas, laurearse de una gloria luminosa en aventuras que ni se podían imaginar, volver con dinero en las alforjas y la bolsa de los

vientos bien atada, con el amable Céfiro impulsando la barca al hogar.

Y mientras soñaban, todo alrededor se aceleraba y confundía más. Un hombre que había llegado antes y era más ducho en las costumbres porteñas recibía a su esposa y a sus dos pequeños hijos:

–*¡Nina! Sono io, Nina. ¡I ragazzi sono cresciuti!*

Y Nina lo saludaba, los chicos corrían para abrazarlo, y él los recibía con las palabras de su nueva patria:

–¡Cuánto los extrañé, *bambini*!

–*Padre, noi siamo qui* –gritó el mayor de los chicos, justo antes de abrazarlo.

–¡*Questi sono* mis hijos!

–*Tu sei magro, mio marito. ¿Non hai mangiato bene?* –dijo la mujer, preocupada y conmovida.

–*La mia bella signora...*

Las lágrimas que vertió aquella familia podrían haber provocado una subida en las aguas del río.

Lucio y su amigo no perdían detalle de tantos extranjeros que se comunicaban con gritos y gesticulaciones alborotadas. Mucha de esa gente se afincaría en la vieja aldea devenida ciudad que crecía a un ritmo desaforado, con una forma inestable, no definida

todavía, aunque con un perfil dominado por los tradicionales campanarios de las iglesias de San Francisco, San Ignacio y Santo Domingo. La torre del Hotel del Globo, coronada por una esfera de bronce tan extravagante como suntuosa, era el punto más alto de la ciudad. Algo moría, algo nacía todo el tiempo.

Desde la huida de Rosas se habían duplicado los habitantes y ahora ciento ochenta mil almas trajinaban las calles. Los edificios de hasta cinco pisos con fachadas cargadas de detalles y ostentosas mansiones con patios de mármol y fuentes rodeadas de palmeras daban un aspecto nuevo a muchas manzanas, que contrastaba con la chatura general. La ciudad se extendía hacia calles de tierra que en los días de tormenta se convertían en lodazales y ponían en serios aprietos a los carreteros y a sus sufridos caballos. En los baldíos crecían los pajonales, pero esos mismos terrenos más temprano que tarde estarían cubiertos de flamantes edificios, casas modestas construidas en días, o suntuosos palacios.

Lucio y Antonio atendían al vértigo y la locura de los gritos y las órdenes cuando las vagonetas se estacionaban tras su ruidoso traqueteo por los rieles. Otra legión de brazos musculosos bajaba los bártulos y los entregaba a sus dueños, que zumbaban

ansiosos como los mosquitos insaciables. Ya con sus cosas en la mano, se quedaban quietos cerca de las playas amarillas, a la sombra de las barrancas, sin elegir todavía hacia dónde perderse. Envueltos en la anticipada extrañeza y en la fiebre de esa vida que los esperaba. Antonio codeaba a Lucio como si tuviera seis años y no quince, para obligarlo a mirar cualquier cosa que le llamara la atención.

–¡Mirá aquel viejo! ¿Para qué vino? Se va a morir en dos días.

–No es un viejo, es un albino, chambón.

Y Lucio tenía razón. Un genovés albino rodeado de paisanos caminaba taciturno en medio de la vocinglería de los otros.

Antonio se quedaba en silencio, expectante, hasta que otra visión lo hacía codear a Lucio y decir:

–¡Mirá el gordo aquel! ¿Vendrá para el circo?

Un hombre con la anchura de tres varones adultos caminaba como un viejo paquidermo enfermo. Lucio tuvo que admitir que aquello era en verdad interesante.

Pero no tanto como lo que vendría. Un grito desgarrador capaz de poner los pelos de punta a un sepulturero provino de una de las salidas de la Aduana.

4. El escamoteador

La robusta señora, sin dejar de gritar, señalaba con el índice a un joven que huía con una cartera en dirección a Lucio y Antonio, esquivando con agilidad de mono a los peatones. Era un escamoteador, uno de esos ladrones que los trabajadores del puerto conocían de memoria y que aprovechaban la mínima distracción para hacer su "trabajo". Pero aquel no era su día: un policía que tenía tanta agilidad como él se le cruzó en el camino. Tras una corta persecución el ladrón se detuvo, manos en alto, luego de arrojar el bolso a un costado.

El joven se arrodilló y con lágrimas en los ojos imploraba perdón.

–No sé qué me pasó, no sé, es mi madre enferma, señor... Los remedios son caros, señor...

Su ruego no tuvo el efecto deseado: la dueña del bolso se acercó raudamente y le propinó una cachetada mientras decía:

–Madre malata, figlio di un bugiardo. ¡Malata! ¡Ah!

Un grupo de personas se abalanzó con intención de linchar al ladrón ahí mismo.

–¡Mátenlo! ¡Maten al ratero!

El pícaro ligó unos golpes a pesar del esfuerzo del policía por defenderlo, lo cual generó una extraña asociación. Por suerte para el ladrón llegaron otros policías con sus machetes en la mano y el flamante reo se fue con sus "protectores" a buen resguardo.

Lucio sintió una rara emoción al ser testigo de la escena, el pequeño drama, el alboroto. El ratero vestía miserablemente, los zapatos despegados en la punta, los pantalones sucios, el saco andrajoso. Sintió la leve punzada del remordimiento. Qué incómodo reconocer el gusto por verlo ahí, gimiendo, ante una turba que lo quería linchar. Se acordó de Mariano Borrasca, un compañero que había tenido en la escuela. Siempre se lo llamaba así, con nombre y apellido: Mariano Borrasca. Era el chivo expiatorio del aula. No entendía nunca nada de nada. El profesor

era un hombre severo y de pocas pulgas que lo castigaba por cualquier motivo: escribir con errores una palabra, tener hipo, leer mal, no seguir un dictado, reírse de puro nervioso. Le pegaba con una vara en la punta de los dedos.

El profesor decía: "¡Mariano Borrasca, al frente!".

Iba Mariano Borrasca al frente.

"¡Extienda los dedos!"

Extendía los dedos Mariano Borrasca.

Y cerraba los ojos y gemía de antemano. Apretaba los dientes. Ya venía el golpe, ya.

Todos expectantes, tensos, en silencio.

Y venía el varazo, seco, sin contemplaciones. Y venían los gritos, porque cuando el profesor pegaba, pegaba.

Si la falta era más grave, si algún compañero lo acusaba de un empujón, una pelea, lo que fuera, el profesor tomaba una postura solemne. Ya no le bastaba la vara: con grave entonación le decía que lo iba a llevar al pozo de los sapos.

Entonces Mariano Borrasca perdía toda compostura. En cuanto el profesor lo quería sacar del aula, él se tumbaba en el piso y ya no se ponía de pie. El profesor debía arrastrarlo como un fardo hacia el misterioso destino. Nadie sabía dónde quedaba ese

espantoso "pozo de los sapos"; ningún otro alumno había merecido tal castigo y Borrasca jamás quiso contar nada al respecto. Movía la cabeza de un lado a otro, no abría la boca y sus ojos parecían revivir un horror intraducible, más allá de las palabras. Los días en que iba al pozo de los sapos, Mariano Borrasca ya no regresaba a clase. El profesor, sí.

La clase, de un modo secreto, le estaba agradecido. Gracias a su sacrificio, el hosco profesor se volvía más bueno con el resto. Pero hubo un día en que Lucio se rebeló, no quiso ser público caníbal y defendió a Mariano Borrasca de la falsa acusación de unos compañeros que deseaban castigo para el "chivo". Dijeron que lo habían visto bebiendo agua de un charco barroso, como un animal. El profesor ponderó la denuncia y se dirigió al acusado: "¿Bebió usted agua del charco?". Y el acusado, perplejo como siempre, ni siquiera supo qué contestar, porque, de todos modos, conocía el veredicto de antemano. Eso sí lo había aprendido, por experiencia. Su cuerpo comenzó a replegarse, atajándose ya del castigo que debería soportar. Entonces Lucio se puso de pie y dijo:

–No puede ser, señor. Estuvo todo el tiempo conmigo. Y nadie bebió agua de ningún charco.

–Entonces alguien miente –dijo el profesor.

Lucio respondió:

–Pero no yo. Yo no miento, señor.

Tras un silencio el profesor llamó a los acusadores y les propinó unos suaves varazos.

Lucio, por esta acción, pagó su propio salario de persecuciones, ligó algún trompazo, pero desde entonces se convirtió en el ángel guardián de Mariano Borrasca, que no se apartaba de su lado. No hablaban casi, pero entre ellos se formó una alianza indestructible.

Hasta que un día Mariano Borrasca no fue a la escuela, y tampoco al otro día ni al siguiente. Sus padres habían decidido que ya había tenido suficiente educación. Había que trabajar y Borrasca fue a dar con sus huesos en un almacén.

5. La pareja

La fauna del puerto estaba conformada por contrabandistas de baratijas, marineros sedientos que buscaban un trago y compañía femenina, curanderos, voceadores de fondas y hoteles. Había otros personajes que ofrecían trabajo inmediato a los recién llegados, que de momento apenas creían en su buena suerte y terminaban en los conventillos del sur, atrapados en muchas horas de labor con un salario escaso.

Los conventillos funcionaban en las que habían sido las casas más lujosas de Buenos Aires. Pero de aquel lujo de antaño no quedaba nada. Los antiguos propietarios se habían mudado hacia el norte de la ciudad, siguiendo la línea costera del río; y

más allá de la ciudad, siempre al norte. Los dueños nuevos subdividieron piezas, techaron patios y ofrecían cada metro cuadrado en alquiler a los inmigrantes más pobres, en muchos casos analfabetos, condenados al hacinamiento y a la falta de higiene y de toda privacidad. Los más afortunados, los que tenían un oficio o habilidad para el comercio, prosperaban. Algunos se alejaban del centro para vivir en las arboladas quintas de Flores, o más lejos, en Morón.

Distraído, Lucio dio unos pasos sin mirar adelante y chocó contra un cuerpo macizo.

–¡Cuidado, joven! ¡Hágase a un lado!

La voz sonó tan imperativa que Lucio se corrió, obediente. El hombre de altura majestuosa estaba vestido de negro desde los zapatos hasta el sombrero. Lejos de aceptar las disculpas atolondradas de Lucio, lo contempló con un soberano desprecio, como si el muchacho fuera un perro que estorbara el paso. El rostro era blanco y frío, como mármol; la nariz, aguileña, y la voz sonaba grave, autoritaria.

–Disculpe, señor. Estaba distraído –volvió a decir Lucio, casi involuntariamente.

Tocándose con el índice el ala del sombrero, el hombre insinuó un saludo y siguió su camino.

Detrás venía la esposa. Su vestido también era negro, y era casi tan alta como su marido, aunque de contextura delgada.

Lucio, repuesto del incidente, comentó:

–¿Viste a esos dos?

–Sí, miden como dos metros, parecen antropófagos –dijo Antonio.

–¿Antroqué? Ya parecés Florentino, con esas palabras raras.

–¿Qué Florentino?

–El que vive en Luján, che, el hijo del amigo de mi padre. ¿Te acordás de que una vez estuvimos juntos en casa?

–Cierto, el que te regaló los huesos esos...

–Nada de los huesos esos. Es la cabeza de un oso que pesaba mil kilos.

–*Mamma mia*, qué oso. Y lo peor es que lo tenés en tu cuarto. Qué lindo compañero. No quiero pensar lo que habrán masticado esas mandíbulas.

–Lo que sea que haya masticado el oso, lo masticó hace miles de años.

–¿Miles de años? Sos mentiroso vos.

–¿Mentiroso? ¿No sabés que Florentino es maestro? Estará medio chiflado, pero eso sí, sabe de lo que habla.

—¿Buscando huesitos?

—Dice que va a comprobar algo que será un gran aporte para la ciencia mundial, gracias a esos huesitos que vos decís.

—Que no.

—Que sí. Lo va a escribir en un libro. Uno de esos que escriben los sabios. Dice que el hombre nació acá.

Antonio abrió los ojos, curioso:

—¿Qué hombre?

—El hombre, todos los hombres. La humanidad, Antonio; pucha, no entendés. El origen de la humanidad, los primeros hombres.

—Cosa e' locos.

Antonio jamás se había planteado que el hombre tuviera un origen. No rebatía ninguna teoría; el simple hecho de pensar en cosas así era para él una "cosa e' locos". Lucio le contestó:

—Yo no digo que no esté loco, pero que sabe, sabe. Él dice que los huesos nos hablan. O por lo menos, le hablan a él.

Pero Lucio hacía al revés: él le hablaba a los huesos, a la cabeza de oso que le había regalado Florentino. Era un juego que le servía para pensar en voz alta. La cabeza tenía una virtud: nunca lo

interrumpía. Pero ese era su secreto. Tampoco era para contarlo a los cuatro vientos.

Caminaron sin rumbo, alejándose del puerto. Algunas nubes taparon el sol y eso los animó para seguir la línea costera, hacia el norte. Se detuvieron frente a un pescador de a caballo. Munido de una red que arrojaba al agua, el hombre esperaba sin moverse, como una estaca asentada en el lecho barroso, acechante. Y cada vez que atrapaba un pez lo introducía en una bolsa y soltaba un alarido triunfal. Cuando vio a los muchachos, su despliegue histriónico se acrecentó, feliz de tener público. Sin duda luego vendería el producto de su paciencia en las calles.

–Al menos está cerca del agua. Antes de morirse de calor, tiene la posibilidad de remojarse –dijo Lucio.

–Pero ojalá que vaya pronto a vender los pescados o comenzarán a oler como la peste – dijo Antonio.

Y más allá, las lavanderas fregaban ropa sobre las toscas con una energía asombrosa, mientras charlaban a voz en cuello. Tenían un humor envidiable y una energía capaz de mover montañas. Una de ellas, concentrada en la labor, canturreaba la pequeña canción que sobrevivía a la época de los

candombes, que ya se habían esfumado de las calles y reaparecían fantasmalmente en la voz queda de las negras lavanderas:

Cum tango,
caram-cum tango.
Cum tango,
caram-cum-tam.

No muy lejos, un grupo de hombres adustos se ocupaba de echar agua sobre los lomos de unos caballos, para dejarlos limpios y frescos, y renovar sus energías después de haber lidiado arrastrando los coches y carruajes que hormigueaban en las calles. Y peligrosamente cerca de aquel conjunto, un aguatero llenaba su tonel con displicencia, sin que le preocupara la mugre de los animales, y tampoco la mugre de su tonel. Años atrás el gobierno había promulgado un decreto por el cual se prometían cien azotes a quienes extrajeran agua en zonas contaminadas. Pero aquel aguatero, un experto en el gremio, no temía a nada. Después dejaría asentar el agua sucia, la filtraría y la vendería en su tonel de dudosa higiene. Muchos vecinos a quienes sus aljibes les resultaban insuficientes, no tenían más opciones que depender

de los que, como él, ofrecían el líquido indispensable por los barrios de la ciudad.

Antonio miró al cielo, vio la posición del sol y se tocó la frente con la palma de la mano:

–¡Mediodía! ¡Si el almacén cierra antes de hacer las compras, tendré problemas en casa!

Dio por terminado su rato de ocio, y se fue corriendo.

Lucio vagó un poco más todavía, volvió a pasar por el frente de la Aduana y llegó hasta el Paseo de Julio, donde se levantaban muchos de los hoteles cuyas virtudes enumeraban los voceadores en el muelle. No eran en verdad más que hoteluchos baratos, junto a casas de cambio, cafetines y fondas; la publicidad era más bien engañosa. Los "baños públicos en perfecto estado de higiene" eran letrinas cavernosas, y cuando no quedaba más remedio que visitarlas, más de uno hubiera deseado prescindir del sentido del olfato.

Pero Lucio paseaba para pensar. Y pensaba suavemente, como para no espantarla ni con los pensamientos, en Matilde.

6. La peluca del señor Perichón

Matilde había destronado de las preferencias de Lucio a Azucena, una vecina de mayor edad –unos veinte años– con la que apenas había cruzado unas palabras. Se saludaban en los encuentros casuales con inclinación de cabeza, una sonrisa leve, un movimiento de manos. Los gestos de reconocimiento de Azucena habían sido para Lucio una promesa de futuros encuentros.

Pero, días atrás, mientras ella caminaba del brazo con su madre lo había ignorado por completo… ¡Casi se rozan!; sin embargo, Azucena no le regaló ni una mirada. Le resultó extraño y un poco humillante, aunque no le dio demasiada importancia. Lo

cierto es que cuando pensaba en una mujer, ahora Lucio pensaba en Matilde.

Cosas así iban y venían por sus pensamientos. Como, también él, iba y venía dando vueltas por el bosquecito de naranjos y limoneros que cargaban el aire con un aroma entre ácido y dulce, refrescante, y que tan bien amortiguaban el olor que provenía de las caballerizas. Le gustaba encargarse de los animales. Todo en ellos era brioso y potente. Fuerza y a la vez mansedumbre. Tenía hermosos recuerdos de los paseos que en algunas mañanas soñadas daban con su padre, en las afueras de la ciudad.

Un día sin viento se atrevieron a orillar el Riachuelo. Solo para contemplar el horror de aquel paisaje desolado, donde los saladeros sembraban la zona de cueros y huesos con restos de carne y todo se descomponía al sol entre nubes de moscas y perros hambrientos. El Ánima era un alazán grandote, cabrero, reacio al galope, que su padre manejaba con destreza de buen jinete. Lucio montaba al Rayo, inquieto pero confiable. Al mínimo talonazo tomaba carrera.

Su mundo era –en ese verano de 1871– la casa y los patios, ayudar a su padre en el hotel de la calle Reconquista, vagar por los barrios con su amigo Antonio, o reírse con un poco de malicia del señor

Perichón, que tenía pésimas costumbres higiénicas, demasiados perros y un malhumor crónico que estallaba al mínimo estímulo. Para mejor, usaba una peluca absurda, plateada, fuera de toda norma y moda. Él decía que era una peluca que había pertenecido "al rey de Francia". Bastaba que un muchachote se plantara frente a su puerta a la hora de la siesta y que imitara el ladrido de un perro para que todos los perros del señor Perichón se pusieran a ladrar. Entonces el señor Perichón salía a la calle con un raído camisón abotonado y unas ostentosas pantuflas, armado de una azada o un palo con clavos en la punta, una especie de garrote medieval. Por fortuna para los alborotadores era lento, y más todavía en pantuflas. Alguna vez la peluca se le había caído en la carrera, así que los muchachos solían gritarle también:

—¡Se le cayó la peluca, señor Perichón!

Su mundo, entonces, era todas estas cosas. Amistad y travesuras, trabajos y sueños. Era el fin de un tiempo bueno, pero entonces Lucio no lo sabía.

7. Sesión secreta

DON EUFEMIO leyó con interés un folleto que circulaba por algunos puntos clave de la ciudad, como el Club del Progreso o su hotel. Quienquiera que lo hubiera escrito, contaba con buena información. Seguramente debía haber sido un periodista que mantenía relaciones fluidas con algún miembro de la Comisión Municipal.

La Comisión Municipal se reunió en secreto para escuchar un informe del doctor Luis Tamini, avalado por otros dos médicos. Habían atendido casos de fiebre amarilla, varios de ellos mortales, en un conventillo de San Telmo. Tamini, uno de los miembros de la Comisión, dictaminó junto con sus colegas que había un foco de fiebre amarilla

en la manzana comprendida por Bolívar, Perú, San Juan y Cochabamba. El informe pasó a manos del Consejo de Higiene Pública. La noticia produjo estupor y miedo entre las autoridades municipales, que hicieron todo lo posible por silenciar el tema, a la espera de que los casos de fiebre se fueran diluyendo. Temían el pánico de la población. Los rumores corrían, sin embargo. Algunos diarios se alarmaron, y los médicos no tenían una opinión unánime, como lo demuestra una carta del 18 de febrero de 1871, escrita por el doctor Juan Ángel Golfarini y dirigida al doctor Tomás Peña, jefe de la Comisión Municipal de la parroquia de San Telmo:

"[...] sería muy ridículo decir que existe una epidemia en una ciudad la cual con arreglo a su población muere hoy el mismo número de gente que ha muerto toda la vida [...] me permitiría probar que la presente peste es muy mansa. Ciertamente no vale tanta bulla, que las defunciones registradas no exceden actualmente con notabilidad a las de otros años en la misma fecha y en las mismas condiciones de estación. Eso no importa decir que la enfermedad no existe y que no deben tomarse medidas precaucionales que la prudencia aconseje."

8. El cortejo

LUCIO TENÍA que ir a una sombrerería de la calle Florida a pagar una cuenta. Le gustaba pasear entre los negocios nuevos, recién pintados, con grandes carteles y letras de colores; y mirar a la gente que caminaba apurada y que de pronto se detenía ante una vidriera irresistible.

Lo recibió el señor Manigot en persona, el dueño, un hombre macizo, con barba oscura, que lo reconoció de inmediato:

–Pero... ¡cómo has crecido, querido muchacho! Estás más alto que el mes pasado.

A Lucio le caía bien el señor Manigot. En su local abundaban los sombreros importados de todo tipo, tamaño y color, para damas y caballeros. En

el ambiente había un aroma suave, a perfume. El señor Manigot le contó que habían llegado muchos sombreros nuevos:

–Espero ver a tus padres por aquí muy pronto. Sombreros de las orillas del Támesis y del Sena, lo mejor de Europa, los mejores precios.

–Sin duda vendrán pronto, señor Manigot.

En la vereda se cruzó con un cortejo fúnebre. Los comerciantes salían de sus negocios para observar con respeto. Era fácil dilucidar que el muerto había sido un hombre de la alta sociedad, por las ropas de los deudos y el esplendor del carruaje. El séquito enfilaba hacia el cementerio de la Recoleta, y para Lucio todo hubiera quedado ahí, de no haber sido porque llegó a leer el cartel con el nombre del muerto:

Manuel Raimundo Olazábal. R.I.P.

Olazábal. El padre de Azucena.

Lucio se llevó la mano a la boca, tragó saliva, miró a diestra y siniestra, aturdido. No tardó en verla. Azucena, pálida como una estatua de alabastro, viajaba confundida con otras mujeres enlutadas en el coche que venía segundo en la fila, con un pañuelo en la mano y una expresión ausente.

Lucio hubiera querido hacer algo.
No supo qué hacer.
Así que no hizo nada.

9. El egoísta

—HAY QUE cuidarse, Lucio. Para la fiebre amarilla no parece haber ricos ni pobres, hijos ni entenados.

No le gustaba ver a su padre tan angustiado, así que Lucio dijo, candorosamente:

—Pero yo no creo que el papá de Azucena haya muerto de esa fiebre. Por ahí le pasó otra cosa.

—¿Otra cosa, hijo? Nadie se muere así porque sí. Era un hombre sano hasta hace unos días. Lo único que le pido al Señor es que no se haga epidemia. Ya bastante padecimos con el cólera.

Un pasajero, que estaba bebiendo en una de las mesas de la confitería lindante con la recepción, intervino:

—Sería bueno saber de qué cuidarse.

—¡Es por el riachuelo inmundo! Toda esa porquería que tiran los saladeros nos va a llevar a la tumba –dijo otro pasajero de porte distinguido.

Y sin esperar respuesta a su comentario, se concentró en encender su pipa, como si para él anunciar el apocalipsis fuera una noticia sin importancia.

Don Eufemio no estuvo de acuerdo:

–Si fuera así, sería más fácil. Pero el pasajero que llevé al hospital venía de Corrientes. Acaso...

En ese momento entró un joven delgado, de barba prolija, con un traje elegante y ojos escrutadores. Don Eufemio demostró su alegría al verlo:

–¡Doctor Wilde! Justo hablábamos de un tema que usted...

–Algo pude escuchar. Sabe que tengo buen oído, para eso sirve lavarse las orejas. Es cierto que el Riachuelo huele como a perro muerto, pero la fiebre está relacionada con Río de Janeiro, que la sufre en forma crónica. De ahí bajó al Paraguay, y del Paraguay a Corrientes. El Riachuelo es un problema, pero no creo que tenga la culpa de esto.

Entonces alguien recordó que un año atrás se había prohibido el descenso de pasajeros de dos vapores que venían de Río de Janeiro, con personas infectadas.

–Fue una medida extrema, pero acertada –dijo Wilde.

–¿Y cómo viaja la peste? ¿Viaja en barco? –preguntó Eufemio.

Los hombres de las mesas más cercanas escuchaban.

El joven médico se sentó. De pronto, el cansancio se apoderó de su mirada. Continuó:

–Viaja con los hombres. En el cuerpo de los hombres. Sin duda hay un tiempo en el que el mal se incuba, sin malas señales, hasta que se manifiesta. Y sus manifestaciones son... en fin. Estuve en el Paraguay, estuve asistiendo a gente allí, y sé de lo que hablo. Mi preocupación es que aquí estemos ante el umbral de una epidemia.

–¿A usted le parece, doctor? –dijo el hombre de la pipa, que ya no parecía tan tranquilo.

Eduardo Wilde asintió. Y no dijo nada más. Pidió un café, que el camarero sirvió con prontitud.

Cuando todos volvieron a sus conversaciones, y después de tomar su café, Wilde se acercó hasta la conserjería y le dijo a don Eufemio:

–Eufemio, no vine por casualidad. Me enteré de que llevó a un pasajero con los síntomas de la fiebre al hospital. Pues bien, el hombre murió. No quiero alarmar a sus huéspedes, pero sí le ruego que tome

medidas de higiene. Usted sabe que las autoridades municipales suelen ser algo lentas para reaccionar y la peste no nos va a esperar.

Don Eufemio se tomó la cabeza.

–¡Pobre hombre! ¡Dios mío!

–Me preocupa que haya quedado un foco de infección en su hotel.

–Ya desinfecté con gas cloro.

–¿Y las sábanas?

–Bien lavadas, doctor. Lo noto preocupado.

–Y lo estoy. En San Telmo ya podemos hablar de desastre. Sí, aquí, a pocas cuadras, don Eufemio. El foco de la peste está en San Telmo y no le quepa duda de que esto será grave. Peor que una guerra. En el Paraguay hasta el cólera pudo con la guerra: hubo un largo tiempo en que los ejércitos no se atacaron, ocupados en sus enfermos. La peste es la peor noticia, siempre. Y más todavía que...

–¿Qué?

–Que no sabemos de veras de dónde proviene. Podemos ser más higiénicos, más cuidadosos, eso corresponde y está bien. Pero aun así, cometemos cada día decenas de pecados higiénicos, y nadie muere por eso. Hay algo que no vemos, algo más...

–¿Y qué será, doctor...? ¡La pucha, con estos mosquitos!

¡Plaf! Don Eufemio aplastó un insecto contra su mejilla.

–Lo mismo me pregunto, don Eufemio. Algo se nos escapa–. Wilde tomó su sombrero y se retiró.

–Ya oíste al doctor. Murió el pasajero enfermo. Parece que vino acompañado con una compañera invisible –le dijo Eufemio a Lucio.

–No tan invisible. Es amarilla.

Eufemio recordó el color amarillento del pobre hombre.

–Muy acertado, hijo. Lo cierto es que habrá que estar alertas y cuidarse. Epa, hijo... ¡qué cara!

–Pensaba en Azucena... la vi en la calle y no me saludó, pensé que era porque me despreciaba pero en realidad, su padre estaba muriéndose...

–Está bien, Lucio, está bien. No tenías por qué saberlo.

Lucio abrazó a su padre, como si ese abrazo pudiera retenerlo a su lado, para siempre.

10. Tener un padre

TENER UN padre era un privilegio para pocos en esa época.

Su amigo Antonio lo había perdido a los diez años.

Soldado en la guerra, había muerto en la batalla de Curupayty, el 22 de septiembre de 1866, en la derrota más grande del ejército aliado. El generalísimo Mitre, al mando de las tropas, creyó que muchos paraguayos habían sido alcanzados por los innumerables proyectiles arrojados por la flota imperial del Brasil hacia las fortificaciones y las trincheras, en las barrancas. Ordenó la ofensiva por tierra, pero el suelo fangoso hizo lento el avance. Tras superar zanjones con espinas y estacas, los soldados fueron un blanco

fácil para los paraguayos atrincherados. Diezmados, quisieron retroceder, pero se toparon con refuerzos que tenían la orden de avanzar y así se pusieron otra vez a tiro de la pólvora enemiga. El desorden fue total. Murieron miles, con los pies enterrados en el barro, indefensos. Y también el padre de Antonio. Las malas nuevas llegaron al país y la gente clamó por el fin de la guerra.

Lucio recordó el llanto desgarrador de Antonio cuando se enteró de que nunca más vería a su *tata*: estaban jugando en el patio de la casa, cuando vino su madre a contarle.

Ahora era él el que derramaba una lágrima, a la vez que se sentía contento porque allí estaba su padre, abrazándolo, un poco torpe, sorprendido por la emoción del hijo, palmeándolo con fuerza. A lo hombre.

–Vamos, hijito. No me afloje.

11. La tía Julieta y el señor Masculino

ANTONIO DETESTABA a su tío Dionisio Masculino.

—Ayer me gritó como si estuviera poseído, creo que no le gustó cómo lo miré cuando llegó a los tumbos y eructando como un burro. Habré puesto cara de asco. ¿Podés creer que me encerró en el sótano, a los empujones? Tenía mucha ginebra encima. Siguió para el cuarto y se tumbó en la cama y mi tía vino con las llaves y me liberó, la pobre, rogándome que entendiera no sé qué cosa, con esa mirada que pone, viste, como si estuviera resignada a que no hay nadie ni nada mejor que esa bestia para ella, como si no se mereciera un hombre de veras.

Lucio no podía evitar sentirse bienaventurado al escuchar a su amigo. Su historia era muy distinta de la suya.

La madre de Antonio padecía tuberculosis y terminó de derrumbarse a los pocos meses de haber enviudado.

Entonces, la vida de Antonio se puso muy difícil: tuvo que irse a vivir con su tía Julieta, hermana de su padre.

La tía Julieta tenía destino de solterona. De joven rechazó algunos pretendientes, luego sus padres comenzaron a tener achaques y tomó la decisión de acompañarlos hasta el fin de sus días. Cuando murieron, se quedó sola con una criada en la casa familiar. Había recibido una herencia que le permitía vivir sin lujos ni sobresaltos. Entonces hubo una sucesión de otras desgracias: la muerte de su hermano, soldado en la guerra del Paraguay, a la que siguió, poco después, la de su cuñada, que le arrancó, en su lecho de muerte, la promesa de que cuidaría de Antonio. Julieta aceptó, porque a los enfermos se les conceden los deseos. Solamente por eso. Se había preparado gustosamente para la soledad y ahora debía criar a un sobrino al que apenas conocía. De carácter frío, no sentía más que una vaga ternura por el niño, aunque

estaba comprometida a encargarse de su educación y cuidado. Antonio era un buen alumno, vivaz, bastante travieso, al que no parecía afectarle su renguera, producto de aquel accidente con la carreta. Solo de vez en vez se lo veía triste o muy reconcentrado, pero enseguida recuperaba la sonrisa.

Acaso el papel de madre adoptiva impulsó a Julieta para conseguir un marido. No era una jovencita, pero lejos estaba de ser una mujer mayor. Comenzó a asistir a tertulias, fiestas y cumpleaños y en ninguna parte aparecía un candidato. A medida que pasaban los meses, ella, que nunca se había interesado por los hombres, comenzó a sentir una extraña desesperación. ¿Es que era fea, vieja? No lo era, por cierto. Sin ser una beldad, su piel muy pálida, sus ojos oscuros y el cabello abundante y rizado le conferían una presencia agradable. De nariz larga, delgada, el mayor inconveniente era su frialdad. De un modo misterioso, quienes la conocían percibían esa peculiaridad de su carácter y no entablaban trato profundo con ella; no deseaban conocerla, ni siquiera lo pensaban. Respondían a la indiferencia con indiferencia.

Aunque Julieta mantenía el recato, sus pretensiones habían bajado tanto que habría aceptado al primero que le hubiera pedido su mano.

Y eso fue lo que hizo.

No conoció a su futuro marido en una amable tertulia ni en una fiesta de gente distinguida, sino en la calle De la Victoria, cuando salía de un negocio con un paraguas recién adquirido. Julieta estaba con un humor tan sombrío como el clima, cuando escuchó aquellas palabras:

–No sabía que las sirenas usaban paraguas.

Superada la perplejidad –pensó que la frase estaba dirigida a otra– vio a un hombre alto, de cejas tupidas y barba larga, con un saco gris ajado. La sonrisa se le formó casi sin darse cuenta. El hombre le dijo, entonces:

–Dionisio Masculino, para servirle. Sé que un caballero no debe hablarle a una señorita en la calle, pero no pude evitarlo ante tanta hermosura.

Cuando las amigas lo conocieron llegaron a una conclusión unánime: Dionisio Masculino distaba de ser un marido ideal. Rumores bien fundados indicaban que había pasado algún tiempo en prisión por sus actividades *non sanctas*. Hasta se le adjudicaba más de una muerte en su haber, en peleas de poncho y cuchillo, contra rivales más alcoholizados que él.

En todo caso, su desparpajo al piropear a Julieta le abrió una puerta inesperada: un casamiento respetable.

Fue culpa de la lluvia, del paraguas, de estar distraída. Las palabras entre bufonescas y halagadoras de aquel hombre la hicieron sonreír. Su ridícula reverencia, sus elogios exagerados, el rostro algo brutal, despertaron en ella algo que ni siquiera sabía que guardaba dentro de sí. Tal como estaba su vida, nunca podría darse el gusto de cometer un error, por mínimo que fuera. Y ya había cometido uno al sonreír. El hombre, cebado por esa respuesta que tomó como un permiso, no se refrenó. Todo lo que le venía en mente, lo decía. Y ella se dejó llevar de la mano por su error.

Comenzaron las citas en la casa de Julieta.

Cuando Dionisio conoció a Antonio, simuló cierta atención con el muchacho y hasta le regaló una brújula, producto de un hurto que ni siquiera recordaba. Tras un corto noviazgo, se casaron sin boato alguno, en una parroquia del sur. Las escasas amistades que aún mantenía Julieta no tardaron en apartarse de ella, horrorizadas de ese marido que reunía las extraordinarias virtudes de ser pendenciero, bebedor y ladrón. Un día, dos de sus amigas se decidieron por la cortesía peligrosa de la verdad.

Julieta las escuchó en silencio:

–Querida Juli, ese hombre... ay, frecuenta los fondines del Paseo de Julio, es amigo de ladrones y contrabandistas. Mi marido dice que lo vieron borracho.

–Y acompañado por un policía, yendo a la comisaría.

–Dicen que se tropezaba de lo bebido que estaba.

–Y que escupió en la cara a un pobre señor que pasaba.

–Y que lo molieron a palos en el calabozo.

–Pero igual no aprende...

–No podemos permitirte que vengas a casa con él.

–Ninguna de nosotras lo permitirá.

Tras oír esas palabras, Julieta suspiró, se fue de la reunión y se recluyó en su casa. No sin antes insultar con un lenguaje procaz, inesperado, a las dos bienintencionadas.

–Tiene destino de loca. O ya lo está –fue la severa conclusión de sus examigas.

Loca.

12. Basura

Los más optimistas y los que creían en los milagros se esperanzaban con que la peste quedaría circunscripta a los límites del barrio de San Telmo. Pero entonces algo pasó en un conventillo de la calle Paraguay, entre Artes y Cerrito.

La noticia circuló en las páginas del diario *La Nación.*

La propiedad tenía capacidad para albergar a cincuenta inquilinos, pero vivían más de trescientos. El dueño había prohibido sacar la basura a la calle para que la recogieran los carros municipales. ¿Por qué? No se sabía, pero aquel que no cumplía era expulsado. Si un hombre sacaba la basura a la calle, ese hombre también se quedaba en la calle. La basura

se acumulaba en un patio trasero. Con el tiempo se originó una montaña maloliente, verdadero paraíso de ratas y de insectos.

El hedor era memorable.

Los humildes y analfabetos inquilinos se libraron de aquel tirano gracias a la fiebre amarilla. A su muerte le siguieron las de su esposa y sus hijos. Después, murieron decenas de inquilinos. El gobierno municipal, más tarde que temprano, tomó cartas en el asunto y desalojó el lugar por la fuerza pública. Se llenaron más de diez carros con basura y luego se procedió a desinfectar aquella casona tan inmensa como mortífera. Cuando la gente volvió, no se registraron otros casos de fiebre. Fue, de todos modos, una victoria que nadie pudo darse el gusto de festejar. Para entonces, la epidemia se extendía por todos los barrios y todas las clases sociales, tanto en casas malolientes como en otras, limpias e inmaculadas.

13. El principio del mal

En el hotel Caballo Negro, don Eufemio comentaba alarmado con algunos pasajeros los titulares de la mayoría de los diarios, que informaban acerca de las crecientes víctimas de la fiebre amarilla. El único que negaba tal posibilidad era *La República*, que todavía se burlaba de los que "hacían bulla" con la "falsa epidemia". "¿Tendremos que lamentar un nuevo azote como el del cólera? ¿Las autoridades se harán cargo del problema?", se preguntaba don Eufemio.

Fue entonces cuando el hombre alto que Lucio ya conocía, el gigante vestido de negro, elegante, con un rostro sombrío en el que era difícil imaginar la posibilidad de una sonrisa, ingresó al hotel.

Un muchacho dejó tras el recién llegado una valija pesada y se esfumó con una propina en la mano. Enseguida entró la dama, alta y afilada, y se colocó junto a su esposo, ante el mostrador de la conserjería, donde cumplía sus funciones el fornido Renato. Los dos tenían esa edad imprecisa entre los treinta y algo y los cuarenta y pocos. Ella miró a Lucio por un momento y en sus ojos un rayo de glacial interés duró un instante, hasta que adquirió una remota neutralidad.

–¿Me puede repetir? –dijo Renato.

–Irineu de Vasconcelos.

–¿Irineo?

La mujer interrumpió al marido para encargarse ella, y deletreó:

–Con "e-u". I-r-i-n-e-u.

–¿Y su nombre, señora?

–Josefina de Vasconcelos –y con ironía, deletreó–: Jota, o, ese, e, efe... *O senhor escuta bem?*

Y se rió con una risa cascada y burlona, que el joven conserje ignoró. Renato seguía al pie de la letra las instrucciones de su patrón, don Eufemio: no discutir con los pasajeros y mantener un gesto respetuoso, siempre amable.

Cuando la pareja subió a su habitación, Antonio se acercó al mostrador.

–¿Y estos de dónde vienen, Renato?

–Dicen que de Brasil, pero que estuvieron un tiempo en Montevideo. Gente exigente. Parece que ya pararon en otro hotel y no les gustaron las comodidades. Que aquí, por supuesto, encontrarán. No hay hotel como el Caballo Negro.

14. Comedia y drama

–¿ASÍ QUE van al teatro con Antonio?

–Sí, papá.

–Si es una obra familiar, vamos con tu mamá y las nenas.

–Y… si no hay más remedio…

Lucio lo dijo un poco en serio y un poco en broma. Es que prefería salir solo con su amigo.

Don Eufemio Iturri se había entusiasmado con el plan de su hijo y decidió invitar a su esposa Blanca y a sus hijas. Toda la familia más Antonio, que era casi como otro hijo, se emperifolló y perfumó. Salieron juntos, dispuestos para la alegre ceremonia de disfrutar una función de teatro.

Cada tanto se escuchaba el casco de los caballos, el traqueteo de un coche. En un tramo del camino se toparon con un tranquilo empleado del alumbrado. El hombre encendía los mecheros de los faroles a gas con una larga vara que llevaba al hombro, dejando tras de sí una fila de señales luminosas. Las mellizas Guillermina y Clara tenían doce años, y para ellas el suave esplendor de los faroles, sus vestidos nuevos, la promesa del teatro, todo era motivo de felicidad. Guillermina cantaba cuando sus labios chocaron con una mariposa, y al agudo grito por el contacto lo siguió una secuencia de risas con su hermana, que terminó contagiando a todos.

A veces iban por delante, a veces por detrás del grupo, jugando a esos juegos de chicas salpicados de risas y palabras, dando saltos y haciéndose adivinanzas. La luna brillaba por encima, como un agujero blanco en el fondo negro, la boca cerrada de la noche. Los padres charlaban distendidos. Antonio y Lucio imaginaban un encuentro entre bambalinas con alguna actriz; sabían que no ocurriría, pero soñaban gratis...

Las chicas jugaban a hacerse cosquillas, con versos para la ocasión. Guillermina cantaba, mientras movía sus manos. Su hermana se replegaba, a la espera del ataque.

No toques por aquí,
que hay mucho hueso.
Tampoco por acá,
que hay mucho pellejo.

Entonces pellizcaba a su hermana en el antebrazo, lo que provocaba risas y grititos agudos de Clara. Y venían los últimos versos:

Toma de por aquí,
que no queda lejos.

Y con las dos manos le hacía cosquillas en las axilas, lo que generaba un verdadero escándalo de agudos, proferidos por las gargantas de las mellizas.

Doña Blanca les dio un reto, y las chicas prometieron que se comportarían el resto del camino, cosa que cumplieron por media cuadra. Estaban contentas de divertirse, molestar, llamar la atención. Eran caprichosas y felices, las mimadas que Lucio adoraba.

—¡Otra vez con esa bulla! ¡Compórtense o nos volvemos sin teatro!

Blanca era una mujer que apenas había dejado atrás la juventud a sus treinta y cinco años. Mantenía

esa belleza aplomada que había cautivado a Eufemio en un baile allá lejos y hace tiempo. Morocha, con algunos kilos de más que le sentaban saludables, llevaba el paso de los años mejor que su esposo, cuya barriga siempre le causaba problemas al ponerse los pantalones. Las canas, sin embargo, y su elegancia para vestirse le otorgaban un aspecto distinguido, que gustaba cultivar porque los pasajeros que iban a su hotel eran periodistas extranjeros, abogados en viaje, políticos, gente de provincias con dinero en su haber, militares. Era uno de los pocos hoteles con baños impecables, buenos colchones y un cocinero excelente.

Ahora era Clara la que cantaba la misma canción y Guillermina la que sufría el suspenso de las cosquillas. Eran incorregibles.

Pero ya no hubo tiempo para más retos, porque habían llegado al teatro. La gente se amontonaba en la entrada y un muchacho joven, un mulato con cara de haber visto un accidente grave dos segundos antes, dijo:

–Se enfermaron la primera actriz y el director. La función se ha suspendido hasta nuevo aviso.

Alguien que había sacado las entradas con anticipación protestó y el muchacho dijo:

–Yo le devuelvo su dinero, señor –como si leyera un libreto de buenos modales bien aprendido.

Y enseguida puso un cartel en la puerta, hecho apresuradamente, con tinta oscura y grandes letras: "Sin funciones hasta nuevo aviso".

–Dios mío –dijo Blanca.

–Esto se está pasando de castaño oscuro –dijo Eufemio.

–¿Qué pasa? –preguntaron las mellizas.

–Nada –dijo la madre.

–Mucho –dijo el padre.

–Ay, Eufemio... no las asustes –dijo Blanca.

Volvieron a la casa más preocupados que decepcionados, salvo las mellizas, que no tenían consuelo.

No habría teatro esa noche, pero la ciudad se estaba convirtiendo en un gran escenario. Algo extraordinario había comenzado a suceder. La noche temprana era más silenciosa que lo habitual. Detrás de un ventanal, se podía oír el llanto quedo de una mujer.

Lucio consiguió permiso para acompañar a Antonio hasta su casa, a pocas cuadras.

–No, no te vayas –le dijo Guillermina.

–Vení con nosotras, que Antonio no necesita compañía.

–Antonio tiene miedo, tiene miedo.

Y enseguida empezaron una ronda alrededor de Antonio:

Antonio tiene miedo,
tiene miedo.
Es tan grande y tiene miedo.
Ay, que ni morirme puedo—
de tanto, tanto miedo.

Ya solos, los dos amigos hablaron de las actrices que no pudieron ver y del ingenio de las mellizas para inventar cantitos. Cuando estaban a media cuadra de la casa, Antonio se frenó. Una figura grande caminaba bamboleándose por la vereda. Lo vieron entrar a la casa: era Dionisio Masculino.

–Entro con vos. Quiero ver cómo es cuando está borracho –le dijo Lucio.

–Mejor damos una vuelta.

–Entro con vos y me quedo ahí hasta que se duerma. Lo único que falta es que ese animal te obligue a dar vueltas.

–Está bien. Si vos lo decís.

El tío tenía manos grandes y dedos gruesos como leños. Su cara expresaba una silvestre crueldad. Daba vueltas por la cocina, con ojos llenos de una codicia indomable. Buscaba alcohol. Más alcohol. Cuando vio a Antonio sonrió con malicia. Ah, allí estaba ese muchacho.

–¿Qué has hecho con mi botella, *rengo de mierda*? –preguntó Masculino.

–¿Qué botella?

–La maldita botella... con que ahora mismo te partiré la... crisma... hip...

El ogro no había visto a Lucio:

–Buenas noches, señor Masculino.

Al ver al hijo del dueño del Caballo Negro, Dionisio Masculino cambió el tono. Hizo una reverencia patética y poco faltó para que le tendiera una alfombra en el piso. La tía surgió de la cocina, frotándose las manos en el delantal, con una sonrisa seca de alegría.

–Nos vamos al fondo, tía –dijo Antonio.

La casa era grande, disponía de un sótano fresco, habitaciones amplias y un patio donde a esa hora los grillos y las ranas hacían su escándalo en rincones ocultos.

–¿Siempre es así el desgraciado? –dijo Lucio.

–A veces, pero ahora está peor. Cada vez peor. Una sola vez pareció arrepentido de tomar. Bah, de tomar no, sino de ponerse violento.

–¿Y qué dijo esa vez?

–Que no le tenía que discutir cuando estaba así. Que era capaz de matar. Y que no necesitaba tomar mucho para sentir eso, que era como un instinto que

tenía. Parecía orgulloso de ser así. "Soy como un tigre; si me atacan, ataco", dijo.

–Ataca a una mujer y a vos, que te triplica en peso. Un tigre bárbaro. A este le vamos a cortar las garras en cualquier momento –sentenció Lucio, serio.

Charlaron en el patio un rato largo. Lucio se marchó tras confirmar, ronquidos mediante, que el señor Masculino dormía. Hizo las dos cuadras hasta su casa a tranco apurado, porque se había demorado y sus padres lo reprenderían. Fue entonces cuando, mientras pasaba por la ventana del señor Perichón, escuchó el grito:

–¡Agua va!

Para evitar los enfriamientos, el señor Perichón orinaba en su bacinilla y luego arrojaba el contenido por la ventana, tras ese grito de guerra. Era una costumbre impropia de un buen ciudadano. Pero el señor Perichón era un caso muy peculiar.

Lucio tuvo que correr para no ser alcanzado por el contenido de la bacinilla, mientras protestaba:

–¡Eh, cuidado, señor Perichón!

Y el señor Perichón, entre risitas, con su voz aguda:

–¡Disculpa, muchacho!

Entonces Lucio no pudo evitar la venganza: golpeó la puerta repetidas veces para despertar a los perros, que comenzaron a ladrar en el patio. Demasiados perros, que se contagiaban de feroces ladridos.

Lucio espió un momento detrás de un árbol enclenque. No tardó en abrirse la puerta, pero esta vez el señor Perichón no calzaba pantuflas, sino unos cómodos zapatos. Con su garrote en la mano husmeó a izquierda y a derecha. El tronco no alcanzaba a cubrir a Lucio, que de pronto se vio en problemas:

—¡Muchacho maldito!

Y lo apuntó con el garrote, al tiempo que salía corriendo hacia él. Lucio inició una carrera, pero tropezó en un pozo, cayó, y se levantó en un santiamén. Por desgracia, el señor Perichón estaba especialmente veloz esa noche y rozó con su garrote la espalda del muchacho. Al doblar la esquina, Lucio ya estaba solo y pudo respirar aliviado.

15. El miedo de Blanca

LUCIO ESCUCHÓ el llanto quedo de su madre en la cocina y se acercó.

–¡Mamá! ¿Qué pasa? ¿Por qué llorás?

–Lucio, hijo, no... no estoy llorando, solo es...

–Pero tus ojos están rojos, mamá. ¿Qué? ¿Todavía soy el niñito de la casa?

Blanca, entonces, bajó sus hombros, enderezó la espalda y miró a su hijo a los ojos:

–Estoy preocupada, Lucio. Eso es todo. Hoy me enteré de que una vieja amiga, hijo, que conozco desde que tenía tu edad, está enferma. De fiebre amarilla. Entonces me da miedo. Miedo por vos, por tus hermanas, por tu padre...

–¿Quién es la enferma, mamá?

–La madre de Renato.

–¿Renato? ¿El conserje?

–Sí, hijo, la madre de *nuestro* Renato.

16. Tesoros

Lucio llegó al hotel, listo para ocupar por unas horas su lugar en la conserjería. Su padre estaba orgulloso de que ya pudiera ir aprendiendo los gajes del oficio.

Irineu estaba sentado en el hall, con cara de pocos amigos. Hojeaba un diario. Había otro pasajero en una mesa.

Cuando Lucio contó, divertido, la experiencia con el señor Perichón, un camarero dijo:

–Con la plata que tiene, podría instalarse los mejores baños de la ciudad.

A Lucio no le sorprendió el comentario. Era un viejo rumor: que el señor Perichón era un hombre rico, aunque la fachada de la casa era ciertamente humilde, con viejas capas de pintura descascarada, de distintos colores.

–Alguna vez fue dueño de campos y de una tienda. Se dice que un día no quiso trabajar más, y como no tenía mujer ni hijos, vendió todo y desde entonces apenas sale de su casa. Dicen que desconfía de los bancos y que prefiere tener la plata bien guardada. A lo mejor la enterró en el jardín.

–Bueno, que le aproveche, pobre viejo –dijo don Eufemio.

Irineu, súbitamente sociable, se interesó en la charla. Alguien recordó la peluca del señor Perichón y esto pareció divertir al pasajero, quien explicó el origen de la moda:

–Cuando Luis XV, rey de Francia, se quedó calvo comenzó a usar pelucas y los nobles de la corte lo imitaron. Cuando alguna peluca quedaba olvidada por un tiempo en un armario, los ratones solían dormirse una siesta en ellas. Por eso se dice que de alguna peluca recién puesta en la cabeza han salido ratones a los saltos.

–¡Ay, qué horror! –dijo Josefina de Vasconcelos al unirse a la charla.

Todos rieron. Por primera vez el gigante Irineu parecía contento.

Don Eufemio estaba suscripto a varios diarios para que sus clientes los tuvieran a disposición. Él

los miraba de soslayo, los sabía muy dados a la injuria, siempre identificados con algún bando político y, como los políticos en sus peleas, propensos al escarnio del que pensaba distinto. El gobernador de Buenos Aires era Emilio Castro, enemigo del presidente Domingo Faustino Sarmiento. El nuevo diario, *La Nación*, contaba con un fuerte caudal de lectores. Lo dirigía Bartolomé Mitre, el presidente que había entregado el bastón de mando a Sarmiento y ahora era opositor. Eufemio leía más *La República*, por una cuestión casi afectiva, aunque no concordara con sus editoriales. Don Manuel Bilbao, el director, solía pasar a tomar café al bar del hotel. *La República* se vendía en la calle. Un muchacho negro que no sabía leer pero era muy ingenioso para vocear titulares catastróficos, en general inventados por él, vociferaba:

Diario La República, *diario...*
Falta poco para el fin del mundo, diario...
La República, *a un peso nada más. Un pesito. Diariooo.*

Eufemio sabía informarse por todas las vías posibles, incluso la del chisme; una de sus fuentes

de noticias eran los pasajeros. Por ellos supo que ni en Corrientes ni en Buenos Aires se tenía una idea precisa de cómo se producían los focos infecciosos. Había consenso en que el insuficiente abastecimiento de agua potable era todo un problema, acentuado por el crecimiento dramático de la población. Un aljibe para una mansión convertida en conventillo no era suficiente para las decenas de personas que vivían allí. Había pocas cloacas y las napas estaban contaminadas por los pozos ciegos.

La municipalidad, en los primeros días de febrero, todavía era remisa a aceptar la gravedad de la situación. Fueron los integrantes del Consejo de Higiene Pública quienes no dejaron de advertir que la ciudad había traspasado el umbral de una epidemia. Su prédica logró que en San Telmo, donde el mal había hecho foco, se desalojaran y desinfectaran las manzanas más comprometidas. Se nombró al joven médico Eduardo Wilde para que atendiera a los vecinos del barrio.

La peste comenzó a propagarse en forma regular y sin retorno a medida que avanzaba febrero. Faltaba una acción eficiente que tuviera en cuenta el conjunto. No alcanzaban los esfuerzos de los médicos que trataban de alertar a la población, y tampoco el trabajo

de la Comisión de Higiene Pública, cuyos integrantes se reunían a diario porque sus informes no terminaban de convencer a las autoridades. Los vecinos tenían miedo y comenzaron a formar comisiones para tomar sus propios recaudos, como lo habían hecho durante el tiempo del cólera y de otras epidemias.

La Comisión de Higiene de Catedral al Sur decidió a mediados de febrero:

- Aislar las casas donde apareciera fiebre amarilla.
- Si un habitante de otra parroquia –es decir, de otro barrio– quería radicarse, debía ser observado durante quince días.
- Había que efectuar fumigaciones nitrosas –que se conseguían echando ácido nítrico sobre cobre– en las casas donde había infectados.
- Todos los propietarios debían pintar sus casas a la cal en un máximo de quince días, y hacer una profunda limpieza de cuartos, patios y jardines.
- Quemar la ropa de los enfermos.
- Fumigar la ropa de los sanos en contacto con los enfermos.
- Sepultar en un plazo máximo de seis horas a los fallecidos. Evitar los velatorios y minimizar los

cortejos fúnebres. El muerto debía ser prontamente enterrado.

La municipalidad no pudo impedir, sin embargo, los festejos del carnaval. Además, en los días previos hubo una baja en los casos declarados de fiebre amarilla. ¿Cedía el mal? Prohibir los corsos era como prohibir una ilusión, los largos preparativos de las comparsas y los disfraces de una gran parte de la población, la más humilde.

–Papá, vamos a ir al corso con Antonio.

–De acá no se mueve nadie, hijo. ¿No viste lo que está pasando?

–Por favor, papá. ¿Qué culpa tiene el carnaval de la fiebre? Además... ¡va a ir Matilde! Esa chica es... es un tesoro.

–Ni aunque fuera oro puro. No. Ya la verás más adelante.

–Pero no voy a dejar solo a Antonio, papá.

–Digo que no. Que no va a ser posible que se pongan ninguna mascarita. Y Antonio tampoco tiene que ir.

17. La tregua

ESA TARDE de fines de febrero las veredas olían a vainilla y a tortas caseras, y los vendedores de golosinas habían reaparecido en la recova como un ejército de abundancia, con sus mil productos de bazar árabe, donde todo valía centavos o un poco más.

A fuerza de escuchar los tambores de las comparsas que brotaban de patios misteriosos en alguna casa humilde, entre limoneros y enramadas, Lucio y Antonio se contagiaron de esa magia extraña del carnaval, que transformaba las caras y el ánimo. Disfrazarse y danzar con ropas nuevas y coloridas, en comunión con los amigos.

En una de esas calles de tierra, Lucio se paralizó al ver a Matilde con una cesta, una hermosa pollera

blanca y el cabello largo recogido con un pañuelo. La nariz pequeña, inconfundible... Matilde, la hija de la costurera, se alegró al verlo.

–¿Querés?

–¿Qué?

–Querés torta, supongo.

–Sí, sssí. Una.

–¿Una porción o una torta?

–Una porción... ¡Gracias!

Ella le dio la porción.

–Y yo soy Nadie –dijo Antonio, divertido.

–Sí, él es Nadie, digo, te presento a Antonio.

Matilde lo saludó con una sonrisa y le ofreció a su vez una porción, que Antonio se apuró a tomar de la cesta.

–¿Cuánto sale la torta entera? –preguntó Lucio.

Matilde se rió con una sola carcajada que la hizo vibrar.

–Era una broma. La torta la hice recién, con mi mamá. No está a la venta. Es para compartir con mis vecinos, aquí. Estamos festejando el carnaval. ¿No quieren pasar? Vamos, los invito a tomar mate.

–No sé si... –dijo Antonio.

–¿Nos invitás a tomar mate? –lo interrumpió Lucio.

–¿Y qué te acabo de decir? Me gustaría que te quedases. Y tu amigo también.

Lucio sacudió la cabeza, como si tuviera piojos. Quería poner en orden sus ideas. Acababa de comer una porción de torta de chicharrones ofrecida por la chica más linda de Buenos Aires. Por si fuera poco, también lo invitaba a una ronda de mate. Magia de carnaval. Que Antonio hiciera lo que quisiera. Él siguió a "Naricita" que entraba a la casa por un pasillo lateral, moviéndose como una reina con una cesta llena de porciones deliciosas. Antonio también entró, rengueando con su pierna mala, tan delgado como un palo, y algo tímido.

Había un montón de gente, además de Rita, la costurera, que saludó a los dos jóvenes con cariño y algo sorprendida. Era un jardín despejado en el centro y rodeado de árboles frondosos.

Fueron bienvenidos. Si hubieran sido dos arcángeles del demonio, igual los habrían recibido con un mate y una broma.

En medio de ese clima, Lucio vio a una mujer negra, robusta. Participaba en las conversaciones, inventaba un paso de baile, animosa. Pero por momentos su expresión se volvía tan diferente, como si alguien colocara una máscara sepulcral sobre su

cara. De pronto reaccionaba y seguía adelante. No era la única. Lucio advirtió que muchos eran asaltados por alguna noticia funesta que venía de sus propios pensamientos y luego se plegaban a la sintonía general. La alegría era colectiva, la hacían entre todos; estaban allí para eso, para inventar alegría. Porque la tristeza, la angustia, ya estaban vivas y activas en cada uno. Era claro qué cosa los corroía por dentro.

Salvo Matilde, que parecía a salvo de todo.

Lucio se despidió un rato más tarde, con sentimientos contrapuestos, revolucionado. Matilde le había dicho:

–¿Esta noche te disfrazás?

–No voy a ir –dijo Lucio, incómodo.

–¿No venís por el miedo? Entiendo... tus padres...

–Y vos, ¿no tenés miedo de la fiebre?

–Para nada. Mamá dice que los santos van a estar bailando entre nosotros, que nos van a cuidar, y que la alegría siempre es buena.

–Bueno... por ahí nos vemos... –dijo Lucio, tramando un plan.

–Si vas... –dijo ella.

–¿Si voy... qué? –preguntó él.

–Hay premio.

Y lo dejó con esa promesa intrigante.

Había comido algo hecho por las manos de Matilde. Había rozado los suaves dedos y esas uñas tan diminutas, cortadas como una media luna. Habían compartido el mate, la risa y el baile. Había conocido a sus familiares y vecinos en montonera. Matilde.

Matilde era real.

Se fueron juntos con Antonio.

–Te admiro, che. En serio. Hay pocas tan lindas.

–¿Te parece? –dijo Lucio, con tono modesto.

Antonio se quedó en su casa y Lucio, en vez de ir a la suya, decidió seguir con el paseo, con ánimo soñador.

Se echó a andar hacia calles azarosas, perdiéndose sin temores; necesitaba cansarse, consumir algo de esa energía con que su cuerpo se había cargado. Sin darse cuenta dejó atrás las calles de tierra, llegó al centro y siguió unas cuadras al sur. Vio una puerta abierta y un ancho pasillo lóbrego, y a un chico con la cara sucia y los mocos hasta los labios junto a una mujer que intentaba alzarlo, y dos o tres hombres que llegaban. Acaso venían de trabajar. Los hombres pasaron junto a la mujer sin saludarla, esquivando al

crío que recién estaba aprendiendo a caminar. Recordó la advertencia de su padre, avisado por el doctor Wilde. La peste había hecho foco en los conventillos de San Telmo.

Inquieto, dio media vuelta y ahora sí rumbeó hacia el hotel. No faltaba tanto para el atardecer.

18. Escapada al carnaval

Después de la cena, Lucio hizo algo bastante habitual: irse al cuarto a leer. Se mostró, eso sí, más cansado de lo normal, lo cual despertó alguna sospecha en don Eufemio.

–¿Estás bien, vos?

–Sí, papá. Pero quiero leer un rato y dormir. Hoy caminamos mucho con Antonio.

–Ajá. Supongo que no anduvieron por San Telmo.

–No, papá, suponés bien. Hasta mañana.

–Hummm... hasta mañana.

Un par de horas después don Eufemio decidió quitarse la duda y abrió la puerta del cuarto de Lucio. En la penumbra, vio el bulto acostado en la

cama. Se acercó. Había una forma rara apoyada en el almohadón y tapada en parte por la sábana. El oso prehistórico dormía su viejo sueño, esta vez en la cama de Lucio.

Lucio había dejado la ventana abierta: se había escapado. Don Eufemio lo supo, suspiró y decidió ir a buscarlo.

19. Un beso mágico

El carnaval había llegado a Buenos Aires gracias a los esclavos negros, en mil seiscientos y tantos. Con el tiempo, los inmigrantes se fueron sumando a la celebración. La "buena sociedad" se mostraba en parte ofendida y en parte atraída por aquello que se consideraba un rito pagano, ajeno a las buenas costumbres. Durante años no estuvo permitido, pero en la década de 1840 Rosas volvió a alentarlo. La popular festividad generó alegría en las calles porteñas, pero también violencia. Lo más lamentable eran los jinetes disfrazados, que atropellaban a los integrantes de las comparsas y se divertían arrojando huevos de avestruz a la multitud. Más de uno, enfervorizado por el alcohol, se insolentaba con las damas. Fue el

propio Rosas, harto de las quejas por tanta brutalidad, quien decretó el fin de los corsos.

Al presidente Sarmiento le encantaban, así que volvió a propiciarlos y él mismo se confundía entre la multitud para mirar los desfiles. A tal punto que un bailarín atrevido, el año anterior, le había arrojado agua en una de sus pasadas. Cuando alguien le advirtió que acababa de mojar al presidente, el comparsero por poco rompió en llanto, entre disculpa y disculpa. Pero Sarmiento no se había molestado.

Ese año, la fiebre amarilla lo había alejado de las calles y no hacía noche en la ciudad. Al presidente se lo veía poco en la casa de gobierno y eso era alimento para las críticas de sus adversarios y también de sus más ardientes defensores, que no encontraban demasiado decoroso que anduviera de quinta en quinta, en Flores o en Mercedes, y muy poco por la Casa Rosada. Los peores detractores decían poco menos que se había dado a la fuga, como un cobarde, y contrastaban su actitud con la del gobernador Castro, que estaba todos los días en la ciudad, aunque se retiraba a las afueras al caer la noche.

Lucio y Antonio soportaron el embate de varios disfrazados con antifaces y máscaras que les arrojaron papel picado. Lucio solo quería descubrir un

rostro entre la gente, uno entre tantos. Diablos y arlequines, monstruos, lobisones; no, no era lo que buscaba.

De pronto, apareció una mujer que llevaba el cabello recogido con una gran peineta y tenía una bella naricita. Los labios perfectos se abrían en carcajadas mientras corría buscando a una víctima. Lucio se había alejado de la calle, harto de la gente. Mientras se sacudía el papel picado del saco y del cabello, la dama del antifaz se acercó con rapidez, lo abrazó y le estampó un beso en la mejilla.

Enseguida lo soltó y lo dejó girando en la sombra, pero... esa naricita era inconfundible.

¡Lástima! El beso no había durado nada.

Matilde lo había tomado por asalto y después se había perdido entre los centenares de personas que los rodeaban, con su antifaz y su peineta de otros tiempos, con su carcajada y sus labios perfectos.

Antonio ni siquiera había visto la escena, de tan rápida.

Lucio le dijo:

–¿Viste eso? ¿Viste lo que me hizo Matilde?

–¿Qué Matilde? ¡Ah, Matilde! ¿Qué te hizo?

–Fue... de locos... Me besó. ¿Viste?

–No, no vi. ¿Te besó? ¿Dónde?

–En la mejilla, animal.

–Vos sí que tenés suerte.

Pero Lucio no se sentía con suerte. Sentía que le habían dado un tesoro para quitárselo en un instante.

¿Qué había pasado?

Nada.

Un beso en la mejilla.

Estaba en esa nube, cuando lo interrumpió el rayo. La furia del rayo: don Eufemio.

Ah, caramba. Qué enojado estaba. Antonio mismo bajó los hombros y los ojos, comprendiendo que aquella cólera no venía solo de la furia, sino de la preocupación. Porque lo que resaltaba don Eufemio en su enojo era que no solo se ponían en peligro ellos al exponerse al contagio, sino que hacían peligrar a sus seres queridos. Abatido por la culpa, Lucio siguió a su padre. Con el consuelo de que había encontrado un tesoro. El beso de Matilde.

20. Siete perros muertos

Y LA noticia estalló con la fuerza de lo inesperado.

Una horda de ladrones había acallado a los perros del señor Perichón con carne envenenada.

Poco les costó forzar la puerta, entrar a la vivienda. Era fácil de imaginar para todos lo que sobrevino. El señor Perichón no sabía cerrar la boca ni quedarse quieto. Los intrusos lo mataron a martillazos, con una saña sin límites. Enseguida, pusieron todo patas arriba, buscando valores, joyas, dinero, oro, riquezas.

Al fin y al cabo, los rumores circulantes decían que el señor Perichón era rico, que guardaba un tesoro en algún escondite de su casa.

No hubo testigos. Los vecinos vieron puertas y ventanas abiertas, el silencio de los perros, el olor que

el viento comenzó a diseminar. Siete perros muertos en el terreno del fondo sumados al calor. Y adentro de la casa, el viejo cascarrabias.

El mundo del crimen comenzaba a estar más activo. La ciudad, poco a poco, se iba vaciando de autoridades.

A Lucio lo entristeció la cruel partida del señor Perichón. Había vivido tan solo... y su muerte había sido tan terrible. Ni siquiera lo había matado la peste, sino otros hombres, codiciosos, amigos de lo ajeno, a mansalva.

No encontraba explicación.

21. Todos amarillos

Todos amarillos: de fiebre los muertos,
de miedo los vivos.
Diario de Mardoqueo Navarro (1871).

"SE PROHÍBEN los bailes después de que pasaron", escribió, irónicamente y en perfecto castellano, un periodista inglés en *The Standard*, el diario de la colectividad británica.

Pasaron los corsos y nuevos augurios funestos dominaron el ánimo de los vecinos. La actividad había decaído. No transitaban tantos carruajes sobre el adoquinado desparejo. Eran menos frecuentes los tranvías y el cornetín que advertía a los peatones de su paso por las bocacalles. Los que vendían pan y

frutas, los aguateros y los jinetes solitarios habían raleado su presencia. Todo estaba un poco más silencioso. No era el silencio de tumba que vendría más adelante. Era un matiz, una o dos notas más altas. Si por algo se destacaba la pujante ciudad era por su bullicio, que podía resultar un tormento para quienes gustaban del silencio.

El Club del Progreso había vivido su última jornada festiva en mucho tiempo, con sus hombres y mujeres elegantes que bailaban polca y mazurca, tan de moda, bajo un estricto código de buenas costumbres: cada bailarín debía permanecer a no menos de cincuenta centímetros del otro. Que un hombre tocara a una mujer, que se atreviera a estrechar su cintura por un momento era el colmo del mal gusto. Lo más "selecto" de la sociedad se reunía en sus salones de la calle Perú, esquina Victoria. Hacendados, nuevos ricos, muchachones apáticos que trasnochaban conversando o jugando al ajedrez. Casi nadie se ocupaba de pedir los escasos libros de la biblioteca. Pero allí armaban sus urdimbres los políticos, se elegían candidatos a legisladores, se discutía también con pasión.

Ahora sus puertas permanecían cerradas y sus salones, en silencio.

Era en los bailes de las terrosas orillas donde los chicos bien buscaban un poco de contacto. Allí, entre milongas y habaneras, era más natural el acercamiento entre unas y otros, sin tanto protocolo.

Pero había pasado la euforia. El verano daba señales de terminar, marzo estaba a la vuelta de la esquina.

¿Estaba la ciudad ante una epidemia desatada? Manuel Bilbao, desde los editoriales del diario *La República*, todavía decía que no.

Y en el bar del hotel, Bilbao también se indignaba con los "alarmistas":

–El doctor Ventura Bosch murió de parálisis y no de fiebres –dictaminó.

–Pero los muertos... –le dijo don Eufemio.

–Los muertos son, en promedio, los mismos que el año pasado para esta época. Lo dice el doctor Golfarini, lo vi por ahí. ¿Quiere más pruebas que esa?

El que no tenía dudas era el doctor Wilde, que ese mismo día llegó furioso a la redacción de *La República* y cuando le dijeron que don Manuel estaba en el hotel, fue a paso rápido hasta allí.

–¡Usted tiene una responsabilidad! No puede seguir propiciando la mentira. La situación es grave –lo acusó.

Manuel Bilbao lo refutó amparándose en las palabras del doctor Golfarini.

–¿Golfarini? Es un buen hombre y le aseguro que ya no piensa lo mismo.–¿Y qué me dice de este pobre médico que soy yo, que anoche vio morir a cinco pacientes en el hospital y cómo agonizaban otros?

Porfiado, Bilbao arremetió:

–Yo estuve en ciudades que sufrieron esta epidemia, doctor. Para los que hemos residido en Lima en 1853, donde la fiebre arrasó la ciudad... para los que hemos estado en Guayaquil, donde murieron ocho mil personas sobre una población de veinte mil... Doctor, se dice que esta fiebre de Buenos Aires es amarilla y yo le digo que no, que no es como aquella fiebre que conocí, viendo los síntomas de la gente que...

–¡No importa nada lo que usted pueda decir, hombre soberbio y ciego! ¡Usted habla de oídas! ¡Usted no es médico, señor! Mire lo que ha escrito... "Para nosotros el temor a la fiebre no existe porque la conocemos. Todas las alarmas que se difunden presentándola como azote incurable y contagioso están desmentidas por la experiencia". ¿De qué experiencia habla? Hay que concientizar a la población, hay que propiciar la costumbre de la higiene, de los cuartos ventilados, de la desinfección. Hay que prohibir las

multitudes para prevenir nuevos contagios y aislar a los enfermos. Esta ciudad, Bilbao, se está muriendo. Esto apenas empezó.

Don Manuel Bilbao bajó la vista y pareció rumiar algún pensamiento. Era un hombre orgulloso, con su elegante bigote, siempre bien vestido, acostumbrado a la polémica. Pero la furia de aquel joven médico tan comprometido lo había hecho reflexionar.

22. ¿Quién se murió?

–¿VISTE LO que pasó? –dijo Lucio.

–¿Quién se murió? –dijo Antonio.

–No, no hablo de alguien que murió. Aunque sí, alguien seguro que se murió. ¿No viste? Todos los días se muere alguien.

–Y, sí.

–No hay más bailes en el Alcázar. ¡Ni siquiera en el Alcázar!

–¿Y qué te importa? Si igual no te dejarían ir y además... las coristas nunca nos miraron siquiera. Vamos a decir la verdad.

–Pero ahora ni la ilusión nos queda.

–¿Y por qué lo cerraron?

–¿Y por qué va a ser, chambón?

–Por la peste.

–¿Y para qué me preguntás, entonces?

–Por preguntar.

–Están silenciosas las noches... ¿viste? O los ruidos que hay son ruidos distintos. Anoche escuché a un hombre que lloraba solo, gritaba, me dio miedo. No pude dormir por un rato.

–Es cierto. El único que no para es mi tío, che. Ese sale todas las noches. No sé qué hace, pero lo sospecho.

–¡No me digas!

–Sí, te digo.

–¿Rob... trabaja?

–Si *robatrabaja*. Es un buen *robatrabajero*.

–Me muero, Antonio. No lo puedo creer.

–Y, creelo. Es su oficio.

–Por ahí nos morimos todos y no importa quién roba o quién trabaja. Como en Europa, hace algunos siglos. La peste negra, le decían.

–Uh, pero esa suena peor. Negra. Esta es la peste amarilla.

–¿Y?

–Que el amarillo es más alegre que el negro.

–¿Y? Muerte amarilla o muerte negra, el resultado es el mismo.

–¿Y cuál es?

–Que te hacen dejar de respirar.

–Cierto.

23. Sola

LUCIO NO iba a quedarse con la duda. Días después de aquella noche de carnaval, de aquel beso, del virulento enojo de su padre por la escapada, apenas si podía salir de la casa. Solo para lo estrictamente necesario. Le rogó a su madre que le diera un encargo para ir hasta la casa de la costurera. Blanca entendió el interés y además hacía bastante que no se comunicaba con Rita: le mandó a pedir la funda de dos almohadones. Era un día de calor asfixiante, un calor que traspasaba la piel y se metía en el cuerpo.

Cuando llegó a la casa de Matilde, golpeó la puerta y esperó, con el corazón palpitante. Pero no había nadie. A lo largo del día fue varias veces, hasta que ella misma abrió la puerta. Estaba ojerosa, más flaca.

Allí estaban el silencio, la noche, la inmensa pesadumbre.

Él, enternecido, la abrazó, fuera ya toda distancia, siguiendo su impulso de cariño. Ella, mansamente, tomó del abrazo la fuerza para decir:

–Pasó algo que... ni siquiera te puedo contar.

–No te apures. Yo te espero –dijo Lucio, con toda la dulzura de la que era capaz.

–Mamá... murió. ¡Murió!

Lucio solo la abrazó apenas más fuerte. Era todo lo que podía hacer por ella. Estar. Sentir su dolor, mojarse con sus lágrimas. Hasta que ella volvió a hablar:

–Y papá está muy enfermo. Está en el Lazareto de San Roque.

–Se repondrá, Matilde. Ya...

–Ni siquiera me permiten verlo. El médico movía la cabeza de un lado a otro... como si ya no hubiera esperanzas... Pobre papá –Matilde estaba liviana como un pájaro. La tragedia le había quitado todo.

Lucio la invitó a su casa.

En cuanto la vio y conoció las trágicas noticias, Blanca, conmovida, no lo dudó:

–Te armás las valijas, querida, y te venís con nosotros.

Con lágrimas en los ojos, Matilde dijo:

–¿Y si yo... si yo... estoy también infectada? Y además, no puedo dejar a mi papá solo.

Blanca suspiró.

–Hagamos una cosa, Matilde. Por unos días, no estarás cerca de las mellizas. Eso haremos. Pero te veo bien, te veo fuerte. Estás triste, nada más. Aquí te vamos a curar esa tristeza, poquito a poco. Y ya veremos cómo hacer con tu papá. Por lo pronto, mañana te acompañaré al lazareto.

Blanca la abrazó y le dio varios besos en la frente, conmovida. Sabía que no era lo más sensato, pero su corazón no le permitía hacer las cosas de otro modo. No dejaría sola a esa muchacha; era lo menos que podía hacer por Rita, la costurera, a quien consideraba una amiga.

Al día siguiente, fueron en coche al lazareto. El conductor las miraba con aprensión, temeroso. A pesar de todo, las esperó. Las dos mujeres ingresaron al lugar. Había enfermos hasta en los pasillos. Gritos, olores nauseabundos, el aire cargado, médicos y enfermeros agobiados y familiares que aullaban pidiendo por sus enfermos. Armadas de paciencia, finalmente supieron que todo había terminado durante la noche.

La muerte había decidido. Matilde era ahora huérfana de madre y padre.

24. Irse (fines de marzo)

El Cementerio del Sud tenía colmada su capacidad. Había sido emplazado entre las quintas del sur, cerca de Constitución, en un predio demasiado pequeño.

Por eso se decidió construir en tiempo récord, no más de treinta días, un trazado de vías hacia la Chacarita de los Colegiales, para trasladar los ataúdes en tren hacia un nuevo camposanto, ya que los cuarenta carros fúnebres que había en toda la ciudad no daban abasto.

Don Eufemio pensó en todas las alternativas posibles, hasta que tomó una decisión difícil pero realista. Mandó una carta a su amigo Ameghino, que había parado en su hotel recién llegado de su Italia natal, muchos años atrás. Como después se había

establecido en la villa de Luján, toda vez que venía a Buenos Aires se hospedaba en el Caballo Negro.

Don Ameghino le había conseguido una casa contigua a la suya, muy cerca del río Luján.

Había algo desgarrador en separarse de la familia.

–Por el bien de esta familia, ustedes cuatro se van a Luján y también Matilde. Yo me quedaré aquí, para seguir adelante con el hotel y cuidar la casa.

La noticia cayó como una bomba. Las mellizas amagaron una protesta.

–No hay mucho que hacer aquí. Las escuelas no abrirán sus puertas hasta que la epidemia pase. Es una cuestión importante, hijas. Una cuestión de vida o muerte. Allá estarán protegidas de este mal, no hay un solo caso de fiebre amarilla en Luján.

El servicio ferroviario hacia los partidos del Oeste era toda una novedad. A poco más de sesenta kilómetros, era un viaje breve y confortable.

Al otro día la madre, las hermanas y Matilde partieron con grandes valijas. Lucio consiguió una prórroga. Se quedaría unos días más, ya que el conserje Renato y varios empleados del hotel habían enfermado y él podría ayudar a su padre. No le agradaba separarse de Matilde, ahora que podía verla a diario.

Ella estaba desolada, pero se había hecho muy amiga de las mellizas, que la habían adoptado como a una hermana mayor. Habían quedado pocos pasajeros en el hotel, entre ellos Irineu y Josefina, y algunos periodistas extranjeros, un poco asustados de estar en la ciudad, pero también decididos a contar crónicas de la peste para sus periódicos de ultramar.

En cuanto pudo Lucio pasó por la casa de Antonio, extrañado de que no lo visitara, como siempre.

Lo atendió Dionisio Masculino, con su aliento turbio y sus ojos inyectados en sangre. La barba desgreñada dejaba ver la parte superior de las mejillas, infladas y rojas.

–Su amigo no está.

–¿Y dónde fue?

–Se fugó.

–¿Qué?

–Tuvimos una discusión. Se fugó. Es un desagradecido, un desgraciado.

Lucio estaba tan sorprendido que solo escuchaba. No sabía qué decir. Antonio jamás se fugaría. Y si lo hacía, se lo contaría a él. Eso estaba claro. Por detrás del hombre, vio a la tía con su rostro agonizante de siempre, pero ahora un poco más. Se la veía abatida y enferma.

–No puede ser –dijo Lucio.

–Así es, lamentablemente. El muchacho se ha ido. Y no quiero pensar que lo está protegiendo alguna de esas coristas del Alcázar.

El hombre le guiñó un ojo, dando a la escena un tinte grotesco. Como si Antonio fuera capaz de hacer tal cosa, o de conseguir de un momento a otro un nuevo lugar donde vivir. Sonaba irrisorio.

El hombrón le cerró la puerta casi en la cara.

25. La desaparición

PASARON LOS días. Era como si a Antonio se lo hubiera tragado la tierra.

Don Eufemio compartía su angustia, por lo que pasó por la comisaría para hacer la denuncia. Lo atendió un agente mal entrazado.

—¿Está el comisario?

—¿Qué se le ofrece?

Don Eufemio conocía a muchos policías, pero no a este, que tenía la barba rala, el cabello y las uñas sucios y los dientes soberanamente torcidos. Le dijo que era el dueño del Caballo Negro. El hombre parecía inconmovible. "Es tan bruto que todo le da lo mismo", pensó. Menos paciente, le dijo que un muchacho amigo de su hijo había desaparecido

y le reiteró que solo hablaría con el comisario. El agente lo fue a buscar, caminando con una lentitud exasperante.

–¡Buen día, don Eufemio!

El comisario era un hombre enérgico. Lo invitó a su despacho y le pidió que disculpara al agente:

–Hace dos noches que no duerme. Estamos desbordados.

Enseguida le contó que los ladrones se estaban haciendo la América con las casas vacías. Robaban muebles, dinero, todo lo que podían.

–Considere que en algunos casos ya no quedan herederos vivos. Hay una banda que está operando, don Eufemio. Sabemos que en el Caballo Negro hay dos extranjeros que llegaron del Brasil. Irineu de Vasconcelos y su esposa Josefina. ¿Siguen al día de hoy?

–Siguen, claro. Pero no entiendo qué...

–No hay que dejar de investigar a nadie. Mientras se pueda. Ya perdí varios agentes por esta maldita epidemia y cada vez cuesta más conseguir que se conchaben otros. La gente que puede, se va. Pero... ¿qué vino a denunciar, mi amigo?

Después de escucharlo con atención, el comisario movió la cabeza de un lado a otro. Era un hombre robusto, de mirada penetrante, el cabello corto

y negro como la noche, en contraste con el enorme bigote.

–Un muchacho perdido... Investigaremos, don Eufemio. Pero entienda que su drama es uno más. Toda la ciudad es un drama. Y dígale a su hijo que su amigo es muy importante, pero que lo mejor que pueden hacer es irse también ustedes. Hágame caso, un consejo de padre: ordene a su hijo que se vaya a Luján, donde me dijo que está el resto de la familia.

Don Eufemio dejó la comisaria con un sentimiento amargo. Saludó al agente casi con piedad. En la vereda se encontró con otros policías que custodiaban a un hombre. Un ladrón menos en la ciudad.

Nada sensato pudo contraponer Lucio a los argumentos de su padre. Con una inclinación de hombros aceptó la partida a regañadientes. Pero insistió en pasar una vez más por la casa de Antonio.

Llegó justo cuando un hombre joven salía de allí. Era el doctor Wilde. Miró con espontáneo afecto a Lucio.

–Yo te diría, muchacho, que no entres a esta casa.

–¿Por qué? ¿Qué sucede?

–Pasaba por la vereda y, como sucede con frecuencia, escuché quejas. Entré. La señora se ha contagiado

la fiebre y se niega a ir al hospital. Menudo compañero tiene para atenderla.

–Se refiere al señor Masculino.

–Eso es, un señor que, digamos, tiene un carácter de porquería.

–¿Y no lo vio a Antonio?

–Muchacho, que yo sepa estaban solos en la casa... La mujer está delirando... muy mal. Así están las cosas... Te ves sano y fuerte, no entres ahí. No había ningún Antonio, te aseguro. Solo el tal Masculino y doña Julieta, que deliraba, la pobrecita. Habla del sótano... del sótano oscuro... es todo lo que dice... Así se ha de sentir. En un lugar muy oscuro.

–¿Quiere decir que va a morir?

–Muchacho, no es ella solamente. Todo el mundo se está muriendo. Yo diría que huyas mientras puedas... Sé lo que piensa tu padre al respecto.

–Sí, señor.

–Muy bien, Lucio, hacele caso a tu padre. Viajá a Lujan y cuidá de tus hermanas y tu madre, que han de estar con el corazón en la boca pensando en que no les ocurra nada malo, ni a vos, ni a tu padre. Quién sabe qué le habrá pasado a tu amigo Antonio, no lo sé. Este es un momento de prueba; jamás

hemos visto tal cosa, y no creo que la volvamos a ver en esta vida. Te acompaño hasta el hotel, vamos.

Wilde y don Eufemio se saludaron con afecto.

–¿Y cómo va la cosa, doctor?

–Supera todo lo que vi antes, don Eufemio. Baste esta escena: un niño llorando solo en una casa vacía, rodeado de cadáveres... sus padres, la servidumbre... Y no es todo: están los que se fueron y dejaron a los pobres enfermos solos, por terror al contagio. Padres que abandonaron a sus hijos, hijos que dejaron a sus padres, pero...

–¿Pero?

–Que también hay héroes. La gente de la Comisión Popular, más allá de algunos intereses políticos o publicitarios, está poniendo el cuero... o la señora que instaló un lazareto. Los vecinos se lo incendiaron, por temor, y ella volvió a levantarlo y ahí está, dándole un poco de dignidad a todos los que puede. Hay colegas míos que olvidaron su juramento hipocrático y se fueron a las quintas. Y hay otros que están dando la vida aquí.

–Usted mismo. Veo a un héroe ante mis ojos –dijo don Eufemio.

Wilde hizo un gesto como de restar importancia a las palabras:

–Ahora todos los que estamos aquí somos héroes. Por fuerza o por elección. Esta es la ciudad del peligro. Ya es oficial: la municipalidad aconseja a la población evacuar la capital. Que ya se fueron muchos, que ya murieron tantos. Que ahora se irán los que puedan. Unos, al otro mundo. Otros, a Belgrano.

26. Con Florentino en Luján

El telégrafo había anunciado la llegada de Lucio para el Jueves Santo. Madre, hermanas... y Matilde lo esperaban en la estación del tren.

—¡Estás más alto, hermanito! —dijo Guillermina.

—¡Pero muy flaco! —se quejó Clara.

Matilde se veía más saludable a pesar de la tristeza. Lucio no pudo disimular la angustia tras la breve alegría del reencuentro. Mientras caminaban un poco apartados, ella le preguntó en voz baja:

—¿Qué te pasa?

—Es por Antonio. No sé nada de él. Desapareció. No sé qué hacer; estoy acá, pero siento que no tendría que estar acá. ¿Me entendés? ¿Y si me necesita? ¿Y si está sufriendo ahora?

Matilde veía reflejados en él sus propios dolores, pero ella ya no tenía incertidumbres. Su madre y su padre habían muerto y lo sabía con toda seguridad; en cambio, Lucio no tenía certeza del destino de Antonio, y eso lo martirizaba.

Blanca se enterneció al verlos conversar y les pidió a las mellizas que por un ratito los dejaran solos, cosa que ellas aceptaron a regañadientes. Le gustaba que Lucio sintiera esa ternura por Matilde, pero más le gustó cuando vio llegar a Florentino, que era capaz de levantarle el ánimo a cualquiera.

Florentino era un mozo macizo, bajito, pletórico de energía y buen humor. Parecía mucho mayor que Lucio, pero apenas le llevaba dos años.

Después del abrazo, Florentino se dio cuenta de que Lucio estaba cabizbajo. Sacó algo del bolsillo de su camisa y le dijo:

–Mirá lo que tengo para vos.

Era un colmillo, pero llamativamente grande. Lucio, asombrado, meneó la cabeza de un lado a otro:

–No podés con tu genio. Es... demasiado grande.

–Muy grande. Lo encontré en la barranca, cavando un poco nomás. Perteneció a un viejo tigre de las pampas, el Dientes de Sable.

Florentino, sin más estudios que la escuela primaria, hablaba de tiempos antediluvianos con una naturalidad sorprendente. Admiraba a un sabio inglés llamado Darwin, que lo inspiraba para tejer sus ideas, para ser audaz y ambicioso. *El origen de las especies* era su libro de cabecera. Lo fascinaba la idea de la selección natural: la vida se abría paso siempre, pero los individuos que tenían mayores posibilidades de adaptación eran los que sobrevivían.

También releía *Principios de Geología*, de Charles Lyell, que explicaba los cambios que había sufrido la superficie de la Tierra y su influencia en los tiempos actuales. Darwin había sido su discípulo en cuanto a la Geología, disciplina que resultó de vital importancia para sus propias teorías. Florentino tenía una inteligencia viva, avasallante, totalmente fuera de lo común y se alimentaba a su vez de estos grandes maestros. Lucio tenía la firme sospecha de que Florentino era un genio y no le importaba no entender algunas de las cosas que hacía y decía, porque igual comprendía lo esencial: que se podía llegar al hueso del pasado. Épocas abismalmente pretéritas podían abarcarse y clasificarse. ¿Cómo era posible? El tiempo dejaba su memoria negra incrustada en la tierra.

Se fueron a pasear por las barrancas, en la arbolada orilla de una tarde majestuosa de otoño. Allí, en plena naturaleza, el mundo parecía estar en orden, equilibrado. Pero el colmillo del tigre le recordaba a Lucio que nada permanece sin cambios ni es eterno. Que todo es diferente a sí mismo todo el tiempo, como la suave corriente que empuja el agua del río y su carga de ramas, hojas, animales muertos y vivos, piedras pequeñas, polvo... Allí, en el sedimento de aquellas barrancas, Florentino descubría tesoros que hablaban de mundos antiguos, extintos. Vidas pasadas. Florentino de pronto ardía en pensamientos y recitaba cosas que impactaban en Lucio.

Florentino le dijo que sabía del drama que acontecía en Buenos Aires porque Luján era uno de los destinos favoritos de los que se exiliaban.

–Los que están felices son los propietarios que tienen algo para alquilar. Se están haciendo una fiesta con la peste. Cobran alquileres carísimos hasta por una pieza mínima.

Lucio quiso comparar:

–Te entiendo, pero nada será tan malo como un conventillo, te aseguro. Imaginate en un cuarto con diez personas, uno enferma de fiebre amarilla y vomita, tiene diarrea... todo es sofocante, todo huele a...

–¿Y cómo sabés tanto? –lo interrumpió Florentino, que podía imaginarse perfectamente a qué olía el cuarto de un conventillo.

–El doctor, un doctor... Wilde... él me contó cosas así. O escuché cuando se las contaba a mi padre. Imaginate, todo huele a...

–Está bien, está bien, Lucio. No es necesaria tanta descripción, te aseguro.

Florentino suspiró y miró hacia el suelo, como formándose una imagen de lo que acababa de escuchar. Y dijo algo más:

–Qué tiempos duros para esa gente. Qué pena. Pienso en los niños que crecen en ese ambiente... ¿Llegarán a educarse? ¿Podrán aspirar a una vida mejor? ¿Sobrevivirán siquiera a las enfermedades que los acechan, al frío, al hambre, a ese entorno hostil? Es tan hermoso enseñar, descubrir la cultura, la educación, que los niños lean y escriban y, sobre todo, aprendan a discernir... Todo lo que nos falta para que ninguno se quede sin esa oportunidad. Y sin embargo... saldremos a flote, compañero.

Y al decir esto, Florentino palmeó con tanta fuerza la espalda de Lucio que lo empujó hacia adelante y lo hizo tropezar. Así era Florentino, brusco y genial, puro optimismo, capaz de pasar de una frase

soñadora o filosófica a preocuparse por el precio de los alquileres. A Lucio le encantaba estar con él y confiaba tanto en su juicio, que le preguntó:

–¿Y por qué te parece que pasa esto?

–¿Esto?

–Sí, Florentino, la peste.

–Habría que ver... yo qué sé, Lucio. No sé nada. Me lo paso cavando en la tierra para buscar la verdad, una verdad... criaturas que nos precedieron y se extinguieron misteriosamente... Quiero dedicar mi vida, Lucio, a ver qué tienen esos huesos fósiles para decirnos de ellos y de nosotros. De los animales y del origen de la humanidad. ¿No es un misterio hermoso, saber por qué estamos aquí? Pasan tantos horrores y sin embargo nuestra vida es tan breve... Tiene importancia para nosotros, pero las estrellas nos miran con harta indiferencia, te aseguro. Este colmillo de tigre no es nada, hueso hecho piedra. ¿Cuántos años estuvo enterrado aquí, en la Tierra? ¿Miles de años? Ahora no está más y al Sol no le importa, ni a la Luna, ni a las estrellas. A mí me importa, pero solo porque quiero saber qué hago aquí, qué hacemos aquí. Este miserable y fantástico colmillo me dice que no estaremos para siempre aquí, por más que hoy dominemos el

planeta. Habrá un día, Lucio, en que otros desenterrarán nuestros huesos y se preguntarán por qué nos extinguimos. Es en los sótanos de la Tierra, allí donde no llega la luz del sol, donde tenemos que apuntar.

Entonces Lucio se quebró, soltando de pronto toda la angustia.

–Florentino, te digo la verdad. Quiero volver a Buenos Aires.

–¿Y por qué?

Lucio temblaba; había aferrado el brazo de Florentino y lo agitaba de un lado a otro.

–Tenemos... perdón, tengo... que volver. ¡Mi amigo Antonio está en peligro de muerte!

–Que yo sepa, todos lo están allá.

–¡Es distinto, Florentino! No hablo de la peste. Tengo la impresión terrible de que él está... atrapado...

–¿Antonio, el hijo del soldado que murió en el Paraguay, en la guerra?

–El mismo, Florentino. Tengo que ir a rescatarlo.

–Pues... ¿y qué diablos querés hacer?

–¡Volver! ¡Ahora mismo!

–¿Cómo? No hay trenes por hoy.

–¿Y caballos? ¿Y coches?

–Te veo tan decidido que voy a ayudarte. En un rato sale una galera hasta Morón, el postillón es amigo. Cerca de la estación viven unos conocidos de mi padre que, quién sabe, podrían prestarnos unos caballos para seguir hasta Buenos Aires.

–Dijiste... ¿prestarnos?

–Claro, yo voy con vos.

–¿Y tus padres?

–Eso dejámelo a mí. Tal vez haya que inventar alguna mentira piadosa.

Volvieron a la casa de Florentino. Lucio escribió un mensaje para su madre. Sabía que le provocaría una terrible incertidumbre, pero no podía perder más tiempo ni detenerse en despedidas lacrimógenas. Antonio podía estar debatiéndose entre la vida y la muerte.

Matilde, que paseaba por el jardín, los vio irse de la casa vecina.

Lucio sintió un aguijonazo en el pecho. Se miraron como si uno entrara en el otro.

–Dejé una nota en la casa de Florentino. Pero quiero que lo sepas: me voy, nos vamos.

–¿Qué? ¡No!

–Por favor, Matilde, por lo que más quieras, no nos delates. Es mi amigo. Antonio. Presiento que

puedo salvarlo de algún peligro. De veras. Por favor. Matilde, quiero decirte algo: un día nos casaremos. ¿Me entendés? ¿Me prometés que no irás corriendo ahora a avisarle a mi madre? Igual me iré, de todos modos. Pero sería más penoso.

Entonces ella asintió y se besaron.

Fue un beso tímido, pero no fue en las mejillas.

El carruaje con doce caballos era una vieja galera que venía del pueblo vecino de Mercedes. El postillón, efectivamente, trataba a Florentino con familiaridad:

–¡Qué dice, mi amigo!

–Mejor no le cuento, Pedro. ¿Y cómo anda usted?

–Y ya ve, ando con recado pobrón...

El hombre mostró con orgullo su montura, puro cuero y plata.

Subieron a la galera, que no era la mar de cómoda, pero resultaba apta para un viaje corto. Duros asientos de madera que se soportaban una hora o dos. Ni pensar si había que ir a las provincias: los riñones quedarían a la miseria.

Todavía había luz cuando llegaron a Morón y, a sus espaldas, relumbraban los relámpagos entre los primeros reflejos del atardecer. Algunos nubarrones anticipaban la lluvia. Por encima, el cielo todavía se veía límpido y azul.

27. Caballos

LUCIO ESTABA seguro de que su amigo vivía, y seguro, también, de que no se había fugado a ninguna parte. Lamentó darse cuenta tan tarde, a más de sesenta kilómetros de distancia, de que solo le correspondía hacer una cosa: buscarlo. No había opciones. Algo le había pasado, algo le habían hecho. El viento moderado se detuvo, la tormenta se venía encima.

En Morón, un amigo pulpero le prestó los caballos a Florentino. Un alazán y un zaino, de linda estampa, con sus correajes, listos para ser montados.

—El alazán es pa' vos, el zaino pa' mí —dijo Florentino, simulando un tono campero.

Se subieron.

Los refucilos se multiplicaban y los nubarrones ya habían cubierto la mayor parte del cielo. La noche había caído con esa lentitud propia del verano. Tras una hora y poco más, cruzaron los arrabales y pasaron por el pujante pueblo de Flores, con sus quintas de verduras y árboles frutales. Allí, le pidieron permiso a un vecino para darles de beber a los caballos. Tras un breve descanso, galoparon a marcha pareja hasta las débiles luces de la ciudad.

En contraste, el cielo estaba iluminado por mil y un relámpagos. Comenzaba a caer una llovizna fina que en segundos se transformó en chaparrón. Qué oscura, qué extraña y olvidada parecía Buenos Aires esa noche. Era una noche de Semana Santa, pero nadie pensaba en eso.

Dejaron a los caballos atados a la rama baja de un álamo y caminaron hasta la casa de Antonio. Golpearon la puerta, y nada. Nadie abría. Intentaron entrar, pero la puerta tenía llave o tranca desde adentro. No se movía. En una esquina vieron a un sereno. Corrieron hacia él.

El hombre los miró con mala cara. Los serenos eran policías nocturnos y muchos de ellos habían sido reclutados entre los bravos de las orillas, gente de cuchillos tomar, poco apegada a las leyes. No

sentían un compromiso extremo con el hecho de proteger a los ciudadanos, sobre todo si eso ponía en peligro su pellejo.

Pero aquella noche de tormenta aquel hombre se apiadó. Vio a los dos muchachos tan desesperados que trató de entender lo que necesitaban. Le costó bastante.

Tal vez por los truenos, tal vez porque ellos estaban muy agitados y apenas podían respirar.

Les prestó más atención cuando Lucio le dijo que era hijo del dueño del Caballo Negro. Todo el mundo conocía el hotel y eso siempre ayudaba.

El sereno los acompañó hasta la puerta.

–Aquí tiene que haber gente sí o sí, señor. Y si no atienden es por una sola causa...

El sereno sabía a qué se refería el muchacho.

Le dio dos patadones a la puerta, le dio un tercero y esta cedió. Un olor dulzón, sospechoso, los recibió. El sereno encendió una vela y los tres avanzaron en la oscuridad. El pie de un hombre. A un costado de un sillón estaba el muerto. Dionisio Masculino.

28. La casa del horror

SEGUNDOS MÁS tarde, encontraron en la cama a Julieta, la tía.

La pobre mujer tenía puesto un camisón blanco como las sábanas, como las paredes del cuarto. Quién sabe cuántos días llevaba muerta.

–Deme una vela, por favor –dijo Lucio.

El sereno le pasó la vela encendida y Lucio entonces gritó:

–¡Antonio! ¡Antonio!

Solo le respondieron el estruendo del aguacero y los truenos.

Lucio, seguido por Florentino y el sereno que no entendían bien lo que pasaba, comenzó a revisar toda la casa, sin resultados. Hasta que llegó a la

oscura puerta del sótano. Estaba cerrada con llave. La golpeó con todas sus fuerzas.

–Tiene que estar aquí. Estoy seguro. Ese malvado, el tío...

El sereno terminó de entender. Empezaron a patear la puerta, que no cedía. Entonces desde el otro lado oyeron la voz de Antonio:

–¡Ayuda, por favor!

A pesar de los ruidos de la tormenta, la voz se escuchó con claridad.

Inútil explicar la emoción de Lucio y Florentino. Hasta el duro sereno se conmovió.

–¡Tiene que haber una llave en la cocina! –avisó Antonio.

Florentino fue hasta la cocina y volvió triunfal con un manojo de grandes llaves. Finalmente, pudieron abrir la puerta. Un Antonio flaco y débil los recibió entre las sombras del sótano.

Liberado, después de tomar agua, Antonio quería saber.

–¿Cómo... te diste cuenta, hermano? ¿Cómo está mi tía?

–Murió.

–Ay, no... Pobrecita... ¿y el hijo de perra?

–También, si sirve de consuelo.

Antonio quedó abrumado. Lucio continuó:

–Después te vamos a contar cómo llegamos... pero ahora decime cómo te metió acá la bestia esa.

–Si te digo, te miento. La tía se quería ir a cualquier parte, salir de la ciudad, pero el tío se negaba, le decía que tenía mucho trabajo. Un día escuché por casualidad una discusión con un compañero de trabajo, supongo que Masculino creía que yo no estaba en la casa. Adiviná qué trabajos hacían: robaban casas, y se peleaban por una división de dinero o algo así. El otro acusaba a Masculino de tomar demasiado y de gastar plata que no le correspondía. Yo estaba paralizado, en el mismo cuarto, quería que me tragara la tierra. Al final me vieron. Se hizo un silencio de muerte. Lo extraño es que el tío no me dijo nada, me miró nomás. La tía se había enfermado. El tipo ni se molestaba en buscar a un médico, yo salí y no encontré ninguno, todos ocupados y el tipo dándole a la ginebra. Discutimos. En algún momento me fui a dormir, agotado, y creo que me golpeó la cabeza mientras dormía. Todavía tengo hinchado, en el medio de la cabeza me dio.

El olor de la casa era espantoso.

Salieron a la vereda. Se respiraba mejor.

Caminaron bajo la lluvia hasta el Caballo Negro.

29. La noche

CUANDO ENTRARON al hotel, la cara de sorpresa de Eufemio Iturri fue antológica. Su hijo empapado, Florentino, el sereno, y Antonio tan débil que apenas podía caminar. De inmediato fue enterado de todo y su cara iba variando, de asombro en asombro. Entonces Irineu y Josefina bajaron las escaleras y salieron a la calle dando un breve saludo y, detrás de ellos, se retiró el sereno.

–Son los únicos pasajeros del hotel, ya no quedan periodistas aquí. Les avisé que el hotel cerraría por la epidemia, pero Irineu me pidió un tiempo para encontrar otro alojamiento. Eso la primera vez. La segunda vez me miró con cara rara, se dio media

vuelta y no contestó. Pero ahora lo que necesitamos es un médico para este muchacho.

Antonio quería mantenerse en pie, pero estaba muy débil. Necesitaba comida, un baño, ropa seca, una cama.

Comió carne fría con papas, con un hambre voraz. Entonces contó que Masculino entraba una vez por día al sótano y le dejaba algunas sobras a mano y un poco de agua. Lo amenazaba con un trabuco. Hasta que un día dejó de aparecer y solo había silencio y más silencio alrededor.

Florentino había ido por los caballos, a los que hizo pasar por un costado del terreno, hacia las caballerizas. Eufemio fue a abrir la verja para hacerlo entrar.

Pensaba en el coraje de su hijo y se sentía orgulloso.

Pensaba en la angustia de su esposa y de sus hijas. "Pobrecitas. Dios les dé fuerzas", y rezaba.

Eufemio quería que un médico revisara a Antonio. Dejó a cargo al ayudante del cocinero, uno de los pocos empleados que le quedaban sanos, y salió a la calle con Lucio. Florentino tuvo el impulso de ir con ellos.

–No, por favor. Ya bastante hiciste. Quedate tranquilo en la casa con el pobre Antonio y de paso

estate atento a que no necesite nada –le dijo don Eufemio.

Los charcos de agua brillaban bajo el resplandor opaco de un poco de luna que había quedado al descubierto. Había dejado de llover y se hacía sentir un fresco otoñal. En la esquina asomaban unos grandes bultos que no se distinguían por la oscuridad. Lucio comenzó a sospechar qué cosa eran, al aproximarse. Con un temblor en los labios, dijo:

–¡Papá! Son...

–Hijo, no mires. Hace daño, realmente. Así es como estamos. Ya han muerto tantos carpinteros que no se consiguen féretros para los pobres difuntos. Los carros fúnebres no alcanzan... En el Cementerio del Sud hay cientos de cadáveres sin sepultura, no hay más lugar donde ponerlos. Hay que cavar fosas comunes, pero faltan sepultureros: también ellos caen víctimas de la fiebre. Guido Spano, de la Comisión Popular, y hasta Manuel Bilbao, se han puesto a trabajar de enterradores... Don Bilbao, el viejo porfiado ahora sí reconoció que esto es una epidemia...

Apilados en triple fila, había unos treinta ataúdes de madera. Encima de ellos, algunos muertos estaban envueltos en frazadas o en trapos, totalmente

mojados, a la buena de Dios, o de que algún carro pasara por ellos.

A Lucio le temblaban los labios, y no pudo decir nada. Percibía el drama en su real dimensión.

30. El cura Lisandro

CAÍA UNA llovizna leve. Lucio y su padre habían iniciado una infructuosa travesía por los domicilios de diferentes médicos. Algunos no estaban en la ciudad, otros habían salido a atender enfermos, y hasta hubo uno que se encontraba en cama, agobiado por la fiebre. El doctor Wilde, sin embargo, inquieto, incansable, estaba en su casa, intentando comer algo antes de seguir con su recorrida nocturna. Él, como otros, había sido contratado por la municipalidad para dedicarse de lleno a la emergencia sanitaria que imponía la peste. Revisó a Antonio, pero no le encontró ningún síntoma de la fiebre amarilla. Paradójicamente, su encierro en el sótano lo había puesto a salvo del contagio. Esa, al menos, era la conclusión del médico.

–Lo que el muchacho necesita es comer bien. Qué locura, qué experiencia ha tenido. La maldad no tiene límites. Pero descansá, muchacho, alimentate bien.

Tal fue el sensato consejo del doctor, que se retiró sin más, con su maletín a cuestas, con su gabán y su sombrero, hacia otra noche larga. Pero antes miró con ojos escrutadores a Lucio:

–Te ves un poco pálido, muchacho.

–Solo cansado, doctor. Galopé demasiado hoy día. Y, en fin, muchas cosas, como comprenderá.

Tranquilizados por la inspección, Eufemio tenía otra tarea por delante: ocuparse de la tía Julieta y del señor Masculino. Se veía en la imperiosa necesidad de conseguir ataúdes.

Se encontraron en una desolada calle, junto a los muros de la iglesia de Santo Domingo, resoplando, sin saber qué hacer. En eso vieron acercarse a un hombre pequeño. Vestía sotana y tenía un gesto de profunda dulzura.

–¿Cómo estás, Eufemio?

–Aquí, estamos como podemos, padre Lisandro. ¿De dónde viene?

–¡De dónde no vengo, hijo! De asistir a los que han sido abandonados por padres y hermanos y están muriendo en la peor de las soledades... Entro

allí donde se oyen los gemidos de los moribundos, abro las ventanas, les doy consuelo. Eso es todo lo que puedo brindarles.

El cura estaba conmocionado, se notaban en su cara las huellas de un largo desvelo. Eufemio atinó a darle un apretón de manos y luego lo abrazó, sin decir palabra. Por esos días solo quedaban los héroes, los santos y los locos; los que estaban obligados por su sentido del deber, los que ni siquiera podían soñar con ir a ninguna parte debido a su extrema pobreza y los que ya no tenían fuerzas para moverse.

Enterado del motivo por el que se habían aventurado a abandonar el hotel, les dijo que hasta los carros de basura estaban juntando cuerpos. El Cementerio del Oeste estaba a punto de abrir sus puertas, y había que llevar los féretros hasta la estación Bermejo. De allí saldría el tren con su penosa carga: el tren de la muerte.

Compadecido por la situación, el cura les dijo que podía ayudarlos a conseguir los féretros, pero que antes tenía que revisar el conventillo que quedaba a la vuelta.

–La lluvia no suspende el dolor de los que sufren –dijo, mientras se iba–. Y no es la muerte lo que asusta, sino irse solo, irse como si la vida fuera una

pesadilla, como si nunca hubiera habido días de sol, risas y juegos, amigos y amores. No es modo de irse de la vida; no somos perros, el ser humano es tan delicado y tan violento a la vez... –dijo el cura Lisandro. Violento y delicado.

–Padre, lo acompañamos –dijo Eufemio.

–No sé si entrar sea lo aconsejable para el muchacho ni para usted. En todo caso, me esperan en la puerta.

Lucio sentía el cansancio. "Tanto galopar", pensó. Había que hacer tiempo hasta que el cura terminara su ronda; no era una gran idea la de su padre y sin embargo no quería hacer otra cosa esa noche. Estar junto a su padre, junto a su amigo débil pero salvado, junto a Florentino, que había prestado su increíble audacia para que pudieran llegar a tiempo.

El cielo se había vuelto a encapotar por completo. La puerta del conventillo era alta, de madera noble, resabio de mejores tiempos, y no tenía tranca ni llave ni candado. El cura la abrió y los ojos se abismaron en un pasillo ancho que se diluía en la negrura. Puertas a los costados, cada tres metros, y todo silencio. Caminaron detrás del cura que, les dijo, buscaba un hilo de luz bajo el marco de una puerta, o escuchar un gemido, un pedido de ayuda.

–Aquí vino la gente de la Comisión Popular y estuvo limpiando el lugar. Hasta perros muertos había, las condiciones de vida de estos pobres inmigrantes es difícil de creer. Y a pesar de eso, cuesta convencerlos de que en estos lugares late con más fuerza el corazón de la peste, de que deben irse al campo, a las casitas provisorias en los pueblos que lindan con el Ferrocarril Oeste, en Moreno, en San Martín... Se les da boleto gratis, se les promete asistencia y comida. En suma, se les pide que desalojen sus piezas, que dejen vacíos los conventillos. Pero hubo algunos que pensaron que los estaban expulsando, que se los enviaba a la intemperie... esto es para ellos el poco de seguridad que tienen... Un hombre rodeado de varios de sus hijos me dijo: "Padre, ¿y qué vamos a comer en el campo?". Pobre gente, algo se les da, pero esto supera todo, uno reza por que no les falte nada. Otros eligen instalarse en la orilla del río, debajo de los sauces. Porque también están los que han entrado en el pánico absoluto y se han ido, simplemente; dejaron todo lo que tenían y huyeron pensando que si se quedaban una hora más, un minuto más, serían los próximos en caer. He sabido de veteranos guerreros del Paraguay, sobrevivientes de la guerra más sangrienta de nuestra historia, que dieron sobradas muestras de valor en combate y que ante

este flagelo huyeron despavoridos. Esto es como matar hormigas a pisotones, y nosotros somos las hormigas; la muerte nos está pisando. No hay cementerios, hijos, la ciudad misma es el cementerio. Los recolectores de cadáveres están tan abrumados que ya no distinguen a un borracho dormido de un cadáver. Hay enfermos que en un último esfuerzo salen a la calle, presos de delirios, desesperados, en busca de alguien, de cualquiera, de un desconocido que pueda despedirlos, de que alguien les alcance un vaso de agua; nadie quiere morir solo. Por eso se han apestado muchos curitas como yo, son decenas ya. Pero qué otra cosa podríamos hacer: ¿irnos a una quinta, escondernos en las iglesias? Quizás alguno lo hará. Yo les aseguro que muchos no, y no hablo de religiosos. Hombres y mujeres que se han quedado en la ciudad para asistir al prójimo. Esa gente está salvando la ciudad.

Lucio comprendió que el cura se desahogaba hablando y dijo:

–Las cosas que habrá visto usted, padre.

El cura iba a contestar, cuando de pronto gritó:

–¡Allí! ¿Ven la luz?

Golpeó, dijo quién era, la puerta se abrió y apareció un hombre de alrededor de cincuenta años, consumido, casi sin dientes:

–Estoy solo, señor... padre... volví. No tengo adónde ir. Aquí me quedaré, señor... padre.

–Tranquilo, hijo. ¿Y tu salud está bien?

–Bien, padre. Señor. Bien.

–Entonces pediré a la Virgen por ti. No tengas miedo.

El hombre se abalanzó sobre el cura y lo tomó de las manos:

–Se han muerto toditos, padre... toditos... Solo, señor. Me he quedado solo...

–Estarán bien, hijo, junto a Dios nuestro Señor... ¿Cuál es tu nombre?

–Manuel, señor. Padre.

–Soy Lisandro, Manuel. El padre Lisandro. No temas por los tuyos que se fueron, dime sus nombres y oraremos por ellos ahora mismo. Dime, ¿tu esposa, hijos?

–Sí, padre Lisandro. Mi doña, que se llama Estela. Y los hijos, Venancio y Juan, y Catalina. Toditos. Solo quedé.

El padre dio un profundo suspiro, impactado. Miró al desconsolado, lo tomó de los hombros y dijo:

–Vamos, Manuel. Repite conmigo... Señor, que estás en el reino de los cielos y nos has enviado esta prueba...

–Señor, que estás en el reino de los cielos y nos has enviado esta prueba...

–... te pido por el alma de mi esposa Estela y de mis hijos Venancio, Juan y Catalina...

–... te pido...

El hombre comenzó a moquear y lo siguió como pudo.

–Vela por sus almas, Señor todopoderoso. Que estén cerca de ti, por siempre. Amén.

Manuel repetía, entre hipos y lágrimas, y luego agregó:

–Que no tengan frío, Señor. Que nunca tengan hambre, Señor. Que estén cuidaditos, Señor.

–Ya no tendrán ninguna privación. Ellos están bien ahora junto a Dios nuestro Señor, serán tus ángeles. Manuel, ve a descansar y cuídate, querido hijo.

El hombre obedeció. Sonrió con ternura y entornó la puerta.

El padre llegó hasta el fondo del pasillo y de pronto se detuvo junto a una ventana. Golpeó. Nada. No había luces encendidas.

La puerta estaba sin llave.

Encendió una vela y algo oscuro corrió entre sus piernas. Ratas. Lucio y Eufemio escucharon que el

padre hablaba solo en la habitación. No se atrevieron a asomarse.

Cuando salió, les dijo:

–Otra alma que se fue sola. No llegué a tiempo.

Lucio sintió como una liberación volver a la calle. Una vez más, el silencio era devastador.

–Ahora sí, hermanitos peregrinos, vamos a la casa del carpintero. Ese está más loco que yo, pero es un hombre con un corazón de oro.

Así llegaron a la casa del señor Pinot, el carpintero.

–¡Señor Pinot! ¡Señor Pinot!

El carpintero apareció en la puerta con su amplia ropa de dormir, de color inclasificable. Parecía el vestido de una dama, un vestido raído.

–¿Qué pasa, Lisandro? ¿Otra vez los asesinos?

El señor Pinot usaba esa extraña palabra para definir los efectos de la fiebre. *Los asesinos*, decía. No decía *vómito negro*, *peste*, *fiebre amarilla*. Tenía el pelo largo, entre rubio y canoso, y en cuanto entraron a su casa, que olía a madera y a café, se puso un pedacito de astilla entre los dientes y la masticaba con suavidad. Se diría que aquel hombre que vivía de hacer muebles de madera también la comía en dosis diminutas.

–Así que necesitan féretros. Vengan, vengan a mi jardín. Todo lo que tengo es un árbol, allá al fondo. Miren.

Lo que el señor Pinot llamaba *mi jardín* era un galpón descomunal, con un techo tan alto como una iglesia. Había pilas de troncos y maderas cortadas y montañas de aserrín y, al fondo, detrás de las montañas de aserrín y maderas y troncos, un pequeño árbol con hojas de color amarillo y rojo. El señor Pinot aseguraba que ese árbol le proveía toda la madera para los féretros:

–Es mi árbol sinfín, mi árbol todopoderoso. Él me provee la tala para que los asesinos no dejen la ciudad sembrada de cadáveres insepultos.

"Me provee la tala", repetía el señor Pinot, como si sus palabras fueran hachas. Había sillas y mesas, trencitos, juguetes, roperos, escaleras y perchas, copas y vasos, endriagos y sirenas, y, claro, ataúdes, entre muchos otros objetos, todos hechos de una madera que Lucio no supo distinguir, pero que sin duda era barata, de algún árbol que abundaba en la región. O acaso la madera ya venía en forma de tablas, traída desde remotas provincias o de países vecinos, remontando los ríos. Pero el señor Pinot decía que todo provenía de ese árbol solitario en el fondo del galpón. A

Lucio le pareció que el señor Pinot estaba chiflado de remate. Y a partir de ahí, se podía seguir el curso de sus palabras como algo natural. Una vez aceptada la locura, el loco puede despacharse a gusto.

–Gracias por atendernos, siempre tan gentil.

–Los asesinos no tienen horarios, Lisandro.

–Estos buenos hombres tienen a dos por enterrar. Llevan varios días.

–¿Varios días? Prepararé los caballos.

Don Eufemio intervino, emocionado. No podía creer que a esas horas el carpintero no solo no opusiera reparos en atenderlos, sino que además ofreciera su coche para llevar los féretros. Pero no solo se ofreció para eso:

–Señor, esta noche parte el tren hasta el Cementerio del Oeste. Ya sabe usted. Hace unos días fui al Cementerio del Sud y tenía un cartel, puede creer. ¿Sabe que decía el cartel? "El cementerio no acepta más cadáveres". ¿Cómo puede ser eso? Cinco años duró el cementerio. Ya decía yo que ese lugar traería mala suerte. Los asesinos lo atestaron de muertos, señor. Han tenido que enterrar en fosas comunes centenares de cuerpos, señor –y mientras iba desapareciendo hacia los fondos del galpón, dijo–: Espérenme en la calle.

–Es un hombre muy singular, como habrán notado. Un gran trabajador de la madera –dijo el padre Lisandro.

El viento de la noche era amable, fresco, húmedo. Cargaron dos cajones y partieron. El padre Lisandro se ofreció a ir con el grupo. Ya era tarde. Todos estaban cansados, menos el señor Pinot, que llevaba las riendas de los caballos con energía, pero no necesitaba usar el látigo. "Arre, Bonito; vamos, Esculapio". Bonito y Esculapio trotaban sobre las calles empedradas.

Eufemio abrió la puerta de la casa de Antonio y enseguida el padre Lisandro tomó la delantera, haciéndose la señal de la cruz.

No fue una tarea agradable, pero finalmente todo estuvo en su lugar y los ataúdes, cerrados. Eufemio, tomado por una ansiedad desconocida en él, solo quería que esos cuerpos encontraran cristiana sepultura lo más pronto posible, pero en esa noche ya no cabían más acontecimientos.

Lucio comenzó a sentir un cansancio indecible en cada fibra del cuerpo. El cura hizo un piadoso discurso ante los féretros, cerraron la puerta con llave y se fueron. El cura, a su parroquia; padre e hijo, a su casa.

Como la noche era fresca, habían prendido el hogar en el Caballo Negro. La leña encendida producía

un siseo agradable. Antonio conservaba las huellas de su experiencia en el sótano: estaban grabadas en su cara, en los gestos adustos, pero lo alivió saber que su tía estaba lista para ir a su morada definitiva, el flamante Cementerio del Oeste.

Era hora del descanso.

31. Los síntomas

FLORENTINO SE levantó temprano, tomó unos mates y fue por los caballos.

–Me voy –dijo.

–Gracias, hermano –le dijo Antonio.

–Tenés una deuda conmigo: tendrás que venir a Luján unos días, a visitar las barrancas del río. Y a comernos un asado.

Don Eufemio le rogó que tranquilizara a su esposa y a sus queridas hijas.

–Pronto estaremos allá con Lucio –dijo.

Y eso fue todo. Ya no había otra opción más que irse. Había decidido ponerle candado al hotel al día siguiente: Irineu y su esposa deberían irse a otro lugar. A Montevideo, acaso, como el periodista del

Standard. Despachados los ataúdes en un carruaje, quedaba poco por hacer.

Lucio pensó que era extraño haber dormido ocho horas y despertar tan débil. De pronto sentía que hacía mucho frío. La cabeza comenzó a dolerle en las sienes y en la frente, en un flujo y reflujo de dolor. Al principio creyó que era un malestar pasajero. Después, tuvo que aceptar la evidencia. Algo no estaba bien.

–Ay –se quejó, tomándose la frente.

–¿Hijo…? ¿Qué te pasa? –don Eufemio se paralizó.

–Me siento raro, papá. Raro. Tengo sed. Mucha sed. Me duele la cabeza. Ay, ay, ay.

Sabedor de los síntomas de la fiebre, Eufemio observó la coloración rojiza en las órbitas, un fondo amarillo… y entonces el pánico lo tomó. Mandó a Lucio a la cama, intentando contenerse y contener al muchacho. El corazón se había lanzado a un frenético galope.

Salió a la calle y se encontró con un policía de ronda.

–Le ruego que si ve a un médico lo mande a mi casa, aquí a la vuelta, al hotel Caballo Negro. Mi hijo está enfermo.

Quiso la buena fortuna que encontrara otra vez al doctor Wilde en su casa, desayunando, solo. A

pesar de la terrible emergencia, del horror de esas noches, Wilde apenas tenía ojeras, pero su rostro parecía apagado.

El doctor no se movió de la mesa hasta que terminó el desayuno. Le comentó a don Eufemio que nada le daba más hambre que pasar la noche de enfermo en enfermo.

–Doctor muerto no sirve y si no embucho algo, muerto quedaré.

Los movimientos del doctor eran lánguidos, pausados. A medida que Eufemio se iba tranquilizando, porque no tenía otro remedio que esperar al salvador de su hijo –eso representaba para él, en ese momento, el doctor–, lo comenzó a observar en detalle. Detrás del aspecto juvenil, fue descubriendo las huellas del agotamiento y tuvo un pensamiento desesperado: "Que no se me muera el doctor, que no se me desmaye antes de que pueda curar a mi hijito. Que no se me muera de cansancio".

32. Ladrones de casas

—¡MÉDICO!

Antonio fue corriendo a abrir la puerta.

Se encontró allí con un extraño trío.

—¿Usted es... doctor? —preguntó Antonio.

—Los dos somos doctores, hijo. Él y yo, y aquel —dijo Josefina de Vasconcelos.

Irineu se rió, entró a la casa sin pedir permiso, revólver en mano. Los acompañaba un tercero, un muchacho ancho y bajo.

Antonio ni siquiera pudo asustarse. La mala suerte lo perseguía.

—Vos andá al cuarto del enfermo y curalo para siempre —ordenó Irineu al muchacho.

—¡No! ¡No lo maten! Él se va a curar.

–Tranquilo o tendrás el mismo tratamiento si no nos decís dónde está la plata.

–¿Qué plata? Yo no vivo aquí.

Irineu le pegó un culatazo para *refrescarle* la memoria.

–Dejá, no le pegues. Revisemos y listo.

Ataron a Antonio de pies y manos y lo metieron dentro de un cuarto pequeño que funcionaba como despensa. Había una vela encendida sobre una mesa, casi a punto de extinguirse, que había quedado allí desde la noche.

Los ladrones comenzaron a dar vuelta todos los muebles.

–Me parece que este viejo no tiene nada acá. Lo debe guardar en alguna caja fuerte en el hotel –dijo Irineu.

–O en el banco –dijo Josefina.

–Algo vamos a encontrar.

–Yo creo que tenemos que irnos y listo. Acá solo quedan los muertos y los enfermos.

–Ese es nuestro negocio, querida. El que no arriesga no gana. Hay que tomar las oportunidades que se presentan. Como la del viejo de los perros. ¿O no me dirás que eso no fue un gran golpe? La de plata que tenía guardada en esa casa tan miserable.

Y pensar que todo fue gracias a parar la oreja en el hotel.

Antonio tragó saliva. Hablaban en su presencia con total libertad y eso indicaba una sola cosa: iban a matarlo.

Entonces, el pilluelo bajó del cuarto. Traía una calavera en la mano.

–¿Y, Borrasca? ¿Qué pasó? –le preguntó Irineu.

–Ya está listo. El pobre estaba casi muerto. Bastó con una puñalada, nomás.

–Y qué bien lo mataste que ya se transformó en calavera. Ah, pero seguro que el muerto no era tan cabezón. ¿Qué vas a hacer con esa cosa? ¿Es de vaca?

–Me gusta nomás, no sé qué bicho será. Pa' sentarme y tomar mate –dijo el muchacho.

Entonces Josefina dio un alarido eufórico. Había encontrado una caja con algunas joyas y billetes. Habría bastante, si se tenía en cuenta su alegría. Se generó un momento de distracción. Antonio comprendió que se acercaba su hora: era cuestión de minutos. Se puso de pie trabajosamente apoyando la espalda contra la pared y luego colocó las manos sobre la temblorosa llama de la vela. Le quemaba, le quemaba las manos, la ropa. Claro que quemaba. Era quemarse o que lo quemaran. Era arder o morir.

Era soportar la quemadura para que la llama de la vida siguiera prendida en su pecho... ay, ay.

Y finalmente la soga se cortó. Con parte de la piel chamuscada, se desató los nudos de los pies y abrió la puerta y corrió y en la calle siguió corriendo con lágrimas en los ojos, pensando en la muerte de su amigo, corrió y en la esquina se topó con una patrulla policial.

33. ¡Mi hijo!

NO PASARON más que unos minutos hasta que los policías llegaron a la vivienda.

Irineu de Vasconcelos y su esposa no opusieron resistencia: hubiera sido suicida. El comisario sospechaba de ellos y con razón.

En ese preciso momento llegó don Eufemio acompañado por el doctor Wilde y solo pudo decir una cosa:

—¡Mi hijo!

Corrió al cuarto.

—¡Bendito Dios! ¡Bendito sea Dios! Hijito querido. Querido hijito...

Y lo abrazó. Poco le importaba el temor al contagio. Era su hijo. Los débiles brazos de Lucio se atenazaron alrededor de la espalda fuerte de su padre.

Antonio ya había subido como loco hacia el cuarto de su amigo.

Lucio estaba en su cama, enfermo pero vivo.

–¿Estás herido? ¿Te hizo algo el ladrón? Ya están presos, hermanito, ya están a la sombra –le dijo Antonio.

–Se van los dos de aquí –dijo el doctor Wilde.

Pero ni Antonio ni Eufemio se movieron.

Con el poco ánimo que le dejaba la enfermedad, Lucio habló:

–No me hizo nada. Me reconoció, lo reconocí. Era Mariano Borrasca. Fuimos compañeros en la escuela. Yo lo protegí mucho tiempo porque los otros compañeros se divertían acusándolo de cosas que no había hecho y al maestro le encantaba castigarlo. Y él no lo olvidó, me perdonó la vida. El maestro lo mandaba al pozo de los sapos. Nadie sabía qué era eso, así que le pregunté.

–¿Y qué era?

Lucio tragó saliva, emocionado, y continuó:

–Era un calabozo de un metro por un metro, en los fondos del terreno. Totalmente lleno de sapos. Allí lo encerraba durante horas, hasta poco antes del fin de la jornada escolar. Me dijo que si bien los sapos eran unos bichos repugnantes nomás, era

aterrador estar con ellos. Debía permanecer de pie durante tres o cuatro horas, pero los animales se movían, le rozaban los pies. Una vez no soportó la fatiga y se sentó. Aplastó a varios. Me dijo que me salvaría no una vida, sino diez. Que yo había sido el único amigo verdadero, la única persona que lo había ayudado de verdad en toda su vida. Le regalé la cabeza del oso gigante. Se había quedado mirándola como un nene... Le dije que se la podía llevar, que representaba mucho para mí, pero que si a él le gustaba...

–No creo que en la cárcel pueda tenerla. Pero qué importa. Has tenido un poco de suerte, me parece –dijo el doctor Wilde.

–Pobre Marianito... –se lamentó Lucio.

Entonces comenzó con las arcadas. Alcanzó a inclinarse sobre la cama, el padre corrió por la bacinilla, pero no hizo a tiempo.

Antonio se quedó pensando en la frase de su amigo. Lucio se había compadecido por la suerte de otro, cuando él estaba en peligro de muerte. Quería mucho a su amigo, pero ahora también lo admiraba.

–Por más doloroso que le resulte, Eufemio, Lucio tendrá que ir al hospital. Aislar al enfermo es primordial, o terminarán todos infectados.

–Doctor... ¿y qué tratamiento tendrá? –a Eufemio se le caían las lágrimas.

–El más aconsejable. En una primera fase, evacuantes suaves, enfriar la cabeza, diaforéticos, quinina en las lavativas, bebidas gaseosas y revulsivos cutáneos. En una segunda fase, seguir con las bebidas gaseosas alcalinas, y después continuar con tónicos amargos. Y en la última fase de la curación, muchos caldos y dosis de vino generoso. Para festejar.

Un nuevo vómito de Lucio interrumpió la charla.

–Lo llevaremos al Hospital Italiano. Los enfermeros, los médicos, le aseguro, están haciendo lo humanamente posible para la mejor atención de los enfermos.

Eufemio no tuvo más remedio que dar su aceptación. Eso sí: él no dejaría solo a su hijo en un triste hospital con enfermos agonizantes.

34. Identidad falsa

IRINEU DE Vasconcelos era, en realidad, Emilio Rodenti, alias "Mil Caras", un criminal astuto y esquivo que nunca había estado preso salvo en su primera juventud. Se destacaba por su técnica de cambiar de personalidad, de nombre y de apellido. Vivió un tiempo en Río de Janeiro y, al volver, se reinventó como un gran señor portugués. Pero era argentino hasta la médula. Su pareja, la falsa Josefina, se llamaba en realidad Albina Pérez, viuda de un hombre que había amasado una fortuna con el contrabando de ganado y otras especialidades por el estilo. De una inteligencia lúcida, lo planeaba todo. Emilio Rodenti reconoció en ella una mente brillante y juntos habrían seguido triunfando si no hubiera

sido porque decidieron quedarse demasiado tiempo en la ciudad, cebados porque se estaba convirtiendo en tierra de nadie.

La policía los tenía en la mira. ¿Qué hacían dos extranjeros sin apuro por irse de una ciudad arrasada por la peste? Algunos casos de robos seguidos de asesinatos como el del "viejo de los perros", el señor Perichón, habían profundizado las sospechas.

35. Luz del día

Eufemio y Antonio se quedaron junto al enfermo, temiendo lo peor, rezando por lo mejor. Los doctores –el propio Wilde incluido– no lo enloquecieron con purgas: bastantes diarreas padecía. Lo abrigaban con mantas, pero el pobre Lucio pasaba de morirse de frío a sentir un calor de infierno.

Una taza de borraja, otra de saúco. Caldos, sulfato de quinina, menta destilada. Y rezar. Ventilación de los cuartos, desinfección con gas cloro. Y rezar. Vómitos de negra sangre digerida. Delirios y dolores. Sed insaciable. Lágrimas. Rezar, rezar, rezar.

Y una mañana Lucio despertó sin dolores. El estómago, los riñones, le declaraban una tregua al sufrimiento. Un aire de normalidad en su cuerpo,

la súbita euforia de la curación, de sentirse en franca mejoría.

–¿Ha visto, doctor? ¿No es cierto que mi hijo está salvo? –dijo don Eufemio, en un cruce con Wilde, quien lo miró oscuramente. Pero don Eufemio ni siquiera registró esa parquedad y corrió a abrazar a Antonio, que lo aguardaba afuera del hospital.

–¿Está mejor?

–¡Claro que sí!

–¿Y nos iremos juntos a Luján?

–Lo veo tan contento que sin dudas soportará el viaje en cuanto salga de aquí.

Al día siguiente llegó una carta desde Luján.

Ya muchos de los exiliados a los pueblos vecinos se animaban a volver. La fiebre, finalmente, declinaba en un otoño fresco y lluvioso.

–Lucio, te traje una carta –le dijo su padre.

–¿Una carta? ¿Para mí? ¿De quién? ¿Tuya?

–Ah, no sé. ¿No sabés leer? Abrila.

Lucio la abrió. Había allí unas líneas breves, escritas con letra delicada, femenina:

Lucio:

Te extraño mucho.

Espero disculpes mi atrevimiento.

La verdad es que no puedo dejar de pensar en vos.

Solo te pido una cosa: que te cures bien y pronto. Luján es muy lindo.

El tiempo que vendrá será más lindo.

Matilde

A Lucio le estalló el pecho de la emoción.

Evocó la inolvidable naricita, el hermoso cuerpo juvenil de Matilde, su fabulosa mezcla de timidez y atrevimiento.

Le había gustado tanto ese beso primero en los carnavales, y aquel otro, de apenas labios. Le gustaba tanto Matilde. Se puso la carta contra el pecho. Cerró los ojos.

Cerró los ojos y volvió la noche.

Qué linda era Matilde.

Qué oscura, de pronto, la noche.

Y volvieron las horas malas. Y después, lo malo pasó a pésimo. Empezaron los delirios, las palabras, los llantos. Era el momento temido por el doctor Wilde: la falsa curación, el bienestar pasajero, y luego, arteramente, la embestida final.

Lucio comprendió lo que le pasaba, en un momento de lucidez. Y se llenó de Matilde, de su naricita, la eligió como su ángel de la guarda. No

habían podido nada. La vida era pura deuda, pero así, a veces, era la vida. Hasta en deuda regala ese esplendor, y enseña que no hay nada que temer. Lucio regresaba al silencio anterior. Lucio se iba del tiempo.

Recordó las barrancas del río, a su amigo Florentino, y por un tiempo indefinido vivió sumergido en imágenes, rastreando en su memoria, protegido allí del asedio que padecía su organismo.

Su padre, como un fantasma amoroso; su amigo Antonio, al que nadie pudo obligar a permanecer fuera de la sala, estuvieron con él hasta que sus manos se abrieron y mostraron la carta de Matilde, estrujada como un amuleto.

Entonces Lucio también abrió los ojos. Y de algún modo supo con una certeza absoluta que no moriría. Que se pondría bien. Que un futuro misterioso, como todo el porvenir, lo aguardaba y que él estaría allí, fortalecido, enamorado de una mujer hermosa y honrando su destino.

Nota final. El mosquito

La fiebre amarilla no se transmite de hombre a hombre: se puede compartir el mismo espacio con los enfermos sin correr peligro de contagio. La única forma de transmisión de la enfermedad es a través de la picadura de un mosquito, el Aedes aegypti, *que vive en zonas tropicales y templadas y suele aposentarse dentro de las casas humanas. Sale de sus escondrijos durante el día, aunque, como un vampiro voraz, también es activo por la noche si hay luz artificial en los ambientes. Pero esto se supo recién a fines del siglo XIX.*

Si el mosquito está infectado, su víctima, tras diez o doce días de incubación, sentirá síntomas similares a los de una gripe: fiebre alta, dolores de cabeza y musculares. En muchos casos, surgirá la ictericia y la piel del infectado tomará el color amarillento que da nombre a la

enfermedad. Luego se añadirán los vómitos oscuros, debido a las hemorragias internas. Puede que tras una falsa mejoría, sobrevenga la segunda fase de la enfermedad: más hemorragias que producen sangrado de nariz y encías, delirios, convulsiones. La respiración se hace lenta, el pulso se acelera. Los vómitos son aún más oscuros, el peligro de muerte es real.

En la epidemia de 1871 murieron en Buenos Aires unos catorce mil habitantes, sobre un total de ciento ochenta mil. Otras decenas de miles enfermaron y sobrevivieron, y muchos otros se exiliaron en los pueblos vecinos, por lo que la ciudad, hacia abril, parecía una extraña necrópolis oscura, semivacía, silenciosa, habitada por enfermos y gente sin recursos, y por unos cientos de héroes que arriesgaron su vida —y en muchos casos la perdieron— por ayudar al prójimo, por asistirlo y consolarlo.

Nadie sospechaba que aquella peste, comparable a las que agobiaron a la humanidad en la Edad Media, había sido impulsada por un vulgar mosquito.

Índice